

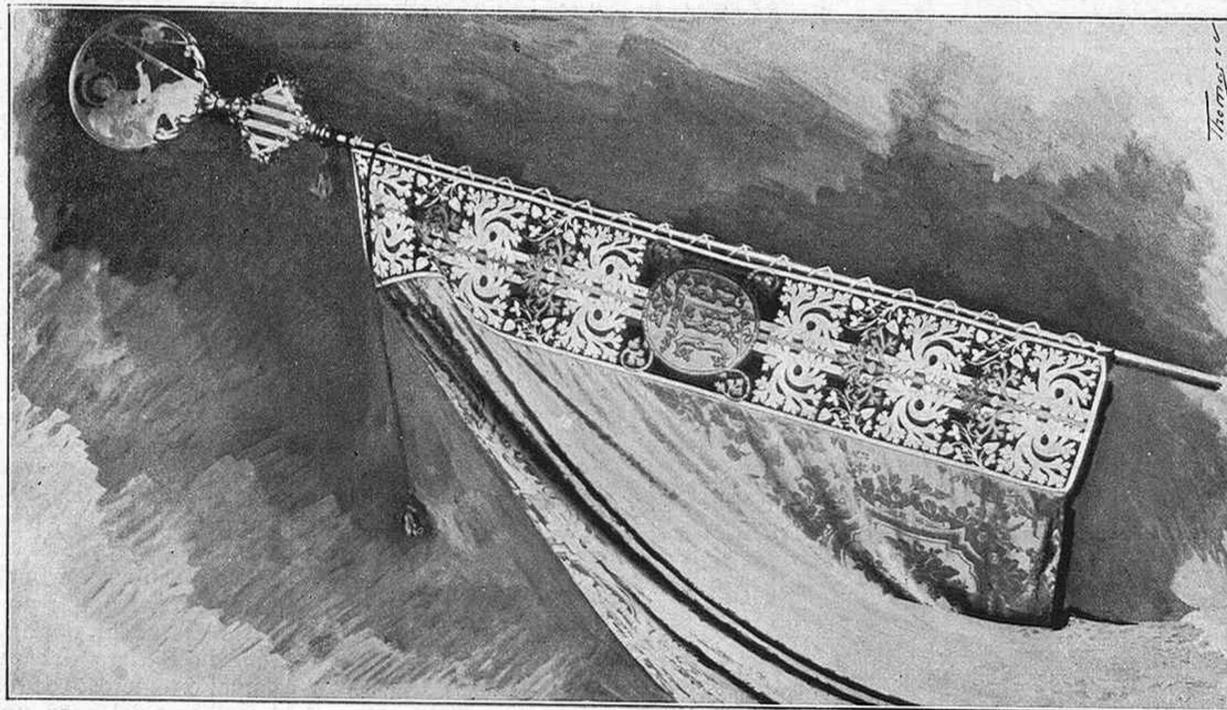
La Ilustración Artística

Año XVIII

← BARCELONA 17 DE JULIO DE 1899 →

Núm. 916

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Estandarte del Círculo Artístico de San Lucas



Sobre el hielo, cuadro de Luis Masriera (Exposición del Círculo Artístico de San Lucas)

ADVERTENCIA

En el presente número termina la preciosa novela del afamado escritor francés Jorge Ohnet *En el fondo del abismo*, que no dudamos habrá complacido en extremo á nuestros suscriptores y que ha constituido en Francia un verdadero acontecimiento literario, no sólo por el interés de su argumento y por la belleza de su forma, sino que también por haber planteado en ella su autor un problema de actualidad, tratando con la maestría que le caracteriza la cuestión palpitante siempre, pero ahora más que nunca, de la infalibilidad de la justicia y de los errores judiciales.

En el número próximo comenzaremos á publicar otra novela de distinto género, aunque no menos interesante, del conocido novelista H. S. Forge: titúlase *Corazón de sacerdote*, y es una apología de la abnegación, del sacrificio propio en aras del deber y de los más nobles ideales, encarnada en un ministro de Dios. Obra llena de sentimiento, su lectura cautiva, así por la habilidad con que la acción se desarrolla, como por el fin moral que el autor ha perseguido.

Esta novela irá ilustrada con bellísimos dibujos de Marchetti.

SUMARIO

Texto.—*De Europa*, por Emilia Pardo Bazán. — *Barcelona. IV Exposición del Círculo Artístico de San Lucas*, por A. García Llansó. — *Azucena*, por Prudencio Rovira. — *Los del velador*, por Eduardo de Palacio. — *Nube de verano (Diálogo)*, por P. Gómez Candela. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *En el fondo del abismo*, novela original de Jorge Ohnet (conclusión). — *República Argentina. Región de los Andes*, por Justo Solsona. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*Estandarte del Círculo Artístico de San Lucas*. — *Sobre el hielo*, cuadro de Luis Masriera. — *Cogiendo flores*, cuadro de J. Berga y Boada. — *Noticias de la guerra*, cuadro de Dionisio Baixeras. — *Camino de Olesa*, cuadro de José Masriera. — *Torrente del Guitart*, cuadro de Pedro Vives. — *En la playa*, cuadro de Antonio Utrillo. — *La pibilleta*, cuadro de Juan Llimona. — *Primavera*, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila. — *Estudio para el grupo «El hombre guiando la fuerza»*, escultura de José Llimona. — *Saludo al babellón*, cuadro de Juan Llavera. — *Interior*, cuadro de Juan Llimona. — *Santa María Magdalena*, cuadro de Enrique Clarassó. — *Milton en casa de Galileo*, cuadro de Tito Lessi. — *Costas de Pineda*. — *Tierra pantanosa*, cuadros de Nicolás Raurich. — *Faenas agrícolas en la campiña de Mantua*, cuadro de Aquiles Formis. — *Convalecencia*, dibujo de Diego López. — *Escenas de antaño. En el columpio*, cuadro de Alonso Pérez. — *República Argentina. Vapor «Venus» de la carrera del Río de la Plata*. — *Descanso del modelo*, cuadro de Félix Mestres. — *Retrato de la Srta. M. J.*, obra de Antonio Utrillo. — *República Argentina. Región de los Andes. Altísimo pilar de toba en el valle del río Limay (Neuquen)*. — *Puerto Blest, situado en el extremo occidental del lago Nahuel-Huapi (Río Negro)*. — *Boceto del monumento á Garibaldi que ha de erigirse en Buenos Aires*, obra del escultor Macagnani.

DE EUROPA

El Congreso internacional de la Mujer se celebra en Londres, rodeado de aparatosa solemnidad, con el apoyo y simpatía de las más altas señoras del Reino Unido y bajo la presidencia de una virreina, la del Canadá, Lady Aberdeen. No he olvidado el género de sorpresa que me causó la invitación para tomar parte en este Congreso: fué leer, al pie de la convocatoria, tantos nombres de señoras portadoras de títulos nobiliarios, que aquello parecía reseña de fiesta del gran mundo: *ladies*, duquesas, condesas de históricos apellidos, representantes de la aristocracia más entonada, más rica y sólidamente establecida de Europa, en quien la tradición reluce con dorada pátina y adquiere la densidad del mármol. Desde España, observaciones de esta índole tienen que extrañar forzosamente. Si aquí se diese el caso nada verosímil de reunirse un Congreso internacional de la Mujer, ya podemos predecir qué elementos femeninos lo compondrían en su mayoría, recordando los que acudieron, salvo contadísimas excepciones, en el Centenario de Colón, al Congreso pedagógico de Madrid. Elementos merecedores de respeto y de alabanza, muy dignos sin género de duda, pero entre los cuales carecían de representación proporcional las clases que en Inglaterra tan eficazmente cooperan á la obra civilizadora.

Bien hubiese querido deferir á la invitación de las señoras inglesas y acudir á Londres en la fecha señalada, de fines de junio á la primera quincena de julio: tentábanme á ello, más aún que lo favorable de la estación, mis convicciones varias veces probadas, favorables á la causa del adelanto, cultura y derechos de la mujer. El espectáculo del Congreso me prometía placer, edificación y enseñanza. Debe de ser curioso é interesante en grado sumo. Representaos, al lado de las damas europeas vestidas á la última moda, con la alta y sobria elegancia que enseña la posición, las delegadas venidas de los países exóticos, que, dando una prueba de buen gusto, se presentan con su traje nacional. Vierais allí las indianas envuel-

tas en sus blancas túnicas; las chinas de recargada y bordada vestidura de colorines, de moño de relucientes cocas; las japonesas que parecen escapadas de la decoración de un servicio de te; las javanasas todas cubiertas de collares y joyas bárbaras, como ídolos de pagoda. Vierais hasta una negrita de crespos cabellos y dientes de blanco esmalte descubiertos por el ingenuo sonreír: criatura de Dios que quiere ser dos veces redimida, de la esclavitud que pesa sobre la raza y de la esclavitud que pesa sobre el sexo. Lo que probablemente no vierais — y digo probablemente porque no estoy de ello segura, — es una española. Cuando hube de manifestar los motivos que me impedían concurrir á Londres en el mes de junio, declararon las señoras organizadoras del Congreso que se encontraban en apuro por lo que á España respecta, no sabiendo á quién dirigirse para que no careciese nuestra patria de representación. Érame imposible, después del viaje á Francia en abril y mayo que la Conferencia de París me impuso, abandonar otra vez mis quehaceres y pasar de nuevo la frontera mes y medio después de haber regresado á mi casa. En España — dije á la Comisión — sobran señoras de talento y aptitud, de relevantes cualidades, que harían en el Congreso excelente papel; únicamente es de temer que estas señoras ó no puedan ó no quieran asistir. Ni somos los españoles animados para lo que á asambleas internacionales respecta, como se demostró en el último Congreso de la prensa celebrado en Lisboa, donde, á diferencia de las demás naciones que enviaban delegados numerosos, nosotros estuvimos representados por un solo periodista — como la república de Transvaal. — Ignoro si se han realizado mis temores, si ha quedado desierta la representación de España en el Congreso londiniano. ¡Ojalá que alguna compatriota mía se cuente en el número de las damas á quienes festeja estos días lo más granado de la capital de Inglaterra!

Mientras esta pacífica Asamblea se reúne en Londres, y en el Haya todavía resuena el eco de las arenas y los debates propuestos al suspirado establecimiento de la paz universal, la sorda aspiración á la guerra europea, mantenida por las ambiciones nacionales, se revela en incidentes como la captura del general Giletta — sentenciado á cinco años de presidio — que á pretexto de pedalear reconocía las fortificaciones francesas en los límites de los Alpes, y las entradas y salidas de gargantas y desfiladeros. Y observad las anomalías inherentes á la guerra y á la paz armada: de ese hombre que expuso su seguridad, su vida acaso, por averiguar noticias que importan á su patria, no saben los mismos franceses decir con certeza si merece aplauso ó es digno de menosprecio y baldón; el espía de aquende los Alpes puede convertirse en el héroe y el patriota de allende.

Entre los que fusilarían á Giletta y los que le galardonarían, otra opinión se abre camino, la positivista, que destruye el romántico prestigio de las novelas de espionaje y priva de ciertos recursos á los autores dramáticos y á los novelistas. Esta opinión es la de que los informes de los espías poco ó nada sirven, dado que las funciones de guerra nunca se desarrollan con arreglo á las previsiones y cálculos hechos en tiempos de paz. Así piensa y siente el gran León Tolstoy en su *Fisiología de la guerra*, y así muchos franceses, hartos ya de melodramas terroríficos y de traidores con música de Verdi en el tercer acto de *Aida*. Que la extraña combinación de la guerra obedece en parte á imprevistos azares y contingencias, es muy cierto, y que los informes aislados de un espía no influirán sensiblemente en el desarrollo y solución de un conflicto internacional, cabe afirmarlo sin error. Con todo, y pese al fatalismo de Tolstoy y al desdén que inspira en Francia el italiano ciclista y general, á quien tienen por un chiflado como aquí tuvieron al general Fuentes, el de la bofetada al embajador marroquí, no se crea que cierto espionaje científico sobra: en los momentos supremos de una guerra, la preparación y organización de las fuerzas de que disponga cada país, el estado de conciencia, vigor y cultura de ese país mismo, son datos que permiten establecer un cálculo de probabilidades acerca del éxito. Mala y vitanda cosa es la guerra, y peor si el país que se ve compelido á hacerla no ha pensado en ella hasta el momento crítico.

Italia — tan abatida, tan malparada, la hermosa mendiga de mediados de este siglo — ya defiende y reivindica sus títulos de potencia fuerte, no sólo escudriñando y estudiando los flacos de la frontera alpina,

sino procurando con bastante energía la expansión colonial. Depretis inició esta política, adquiriendo derechos sobre la bahía de Assab, en el litoral del Mar Rojo: á esta primer tentativa siguió el auxilio prestado á Inglaterra para consolidar su poderío sobre el Egipto, venciendo al belicoso y poético Mahdi y sojuzgando al Sudán, y la *perfidia Albión*, fingiéndose amiga para ser señora, se reservó lo más salubre del Egipto y regaló á Italia los palúdicos terrenos de Massauah, después las mesetas de Abisinia, punto estratégico que convenía á los ingleses tener guarnecido por una nación aliada. Aceptaron los italianos resignándose con lo que no podían evitar, pero pujaron hacia el corazón del país, hasta tropezar con otro héroe de obscura tez, ese Negus Menelik, que ha ejercido singular magnetismo sobre la imaginación de Europa. Al chocar los abisinios con los italianos, los *hombres de bronce* llevaron la mejor parte; estaban en su país, defendían su territorio, que conocían palmo á palmo. Y es indudable que el mundo civilizado hizo causa común, más bien que con Crispi, con Menelik, el *bárbaro* simpático y lleno de energía. Francia sobre todo es acérrima entusiasta de Menelik, porque el triunfo de Italia en los límites de la Eritrea y su continuo empuje por el lado de las cordilleras de Asmara, equivale á la preponderancia definitiva de Inglaterra, afirmada, á costa de la altivez francesa, en el conflicto de Fachoda.

Y entretanto, Alemania sigue trabajada por la razón é inquietud insaciable del socialismo. El país de la filosofía idealista, del racionalismo abstracto y de los sistemas *redondos*, tenía que ver desarrollarse en su seno esa concepción que no sé si llame política, pues la considero una ideología lógica, lo más contrario á la política humana, en la cual entra tanto y tan indispensable ilogismo, tanta concesión á lo instable y contradictorio de la realidad. Los proyectos de ley sobre las huelgas en el Reichstag, han removido las pasiones y provocado el choque de los inconciliables adversarios. Aspiraba la derecha, no á reprimir con violencia y coacción las huelgas, sino solamente á garantizar el derecho del individuo dentro del impulso colectivo; á sostener contra sus compañeros al obrero que no quisiese en la huelga tomar parte. Respetad, decían, en nombre de la libertad, el derecho estricto del que, ó satisfecho de su estado actual ó temeroso de empeorarlo, no quiere correr los albores del paro, no quiere interrumpir la labor con que gana el pan de cada día. No prevaleció esta aspiración de los individualistas, contra la cual se alzó tronando Bebel, el tornero aquel á quien recordé, con ocasión de publicar traducida una obra suya, *La mujer ante el socialismo*, que la mejor demostración de que no son tan tiránicas como supone las vallas sociales, para los varones se entiende, es su propia persona, su propio destino en el mundo. Bebel, artesano humilde, ha conseguido sentarse en el Reichstag y hacer las leyes por las cuales se rige su patria.

Ya se acerca á su desenlace el asendereado y gravísimo asunto Dreyfus, ante el cual pierden importancia los disturbios de Bélgica y todo cuanto puede suceder y sucede actualmente en Europa. Pesadilla de la razón, renovación de luchas de raza que algunos juzgaban extinguidas — á pesar de los alarmantes síntomas observados en Polonia, Hungría y Alemania, donde las agitaciones antisemiticas costaron á menudo sangre, lo mismo que si estuviéramos en la Edad Media, y se llevase aún el gorro amarillo con la rueda infamatoria, — la suerte de Dreyfus tiene á estas horas en suspenso al mundo, y hacia la celda de la prisión de Rennes confluyen las simpatías y las lástimas de todos los que careciendo de opiniones políticas, tienen sensibilidad. Es error siempre en los que pugnan por una causa, proceder de tal manera que se enajenen la voluntad de las gentes compasivas, indiferentes á las ideas. Los compasivos forman una *masa neutra*, como ahora se dice, siempre dispuesta á colocarse al lado del que sufre, del oprimido, del que padece persecución. Aunque la persecución no fuese injusta, el perseguido infunde piedad. Encerrad al mayor criminal, torturadle en su cuerpo y en su alma, que con él sean torturados los inocentes — esposa, hijos — y en seguida se formará á su alrededor una atmósfera de indulgencia, casi de complacencia, por lo menos de excusa. ¿Qué sucederá cuando el reo, criminal para unos, es para otros mártir? No conviene tener en contra las lágrimas. Una lágrima es la gota de agua que más pronto y más hondo socava la piedra.

EMILIA PARDO BAZÁN

BARCELONA. - IV EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO ARTÍSTICO DE SAN LUCAS

Sólo el eco del aplauso tributado en extranjero sue-
lo á las manifestaciones del arte español llega débil-
mente hasta nosotros. Parece como que por efecto
de hondas perturbaciones se agotara la inspiración y

lumbraba. Es que á los artistas ya no les ensordece
el penetrante clarín con que el pregonero anunciaba
mentidos triunfos, y comprenden que para lograrlos
en el arte es preciso que tengan por base indiscuti-

los errores ayer cometidos; pero no ocultamos nues-
tra satisfacción al observar los nuevos derroteros que
felizmente persiguen los artistas afiliados al Círculo
de San Lucas, con mayor motivo cuando considera-



COGIENDO FLORES, cuadro de J. Berga y Boada

se agostaran los que antes suponíamos sazonados fru-
tos. La prensa de otros países danos á conocer, de
vez en cuando, el lisonjero juicio que merecen las
obras de algunos artistas meritísimos que sostienen,
lejos de su patria, el glorioso estandarte del arte na-
cional. En cambio, en nuestro país la mayoría de las
producciones revelan vacilación, duda, olvido de
ideales y de tradiciones de escuela. La Exposición
Nacional que acaba de celebrarse es testimonio irre-
cusable del decaimiento artístico de algunas regiones.

Triste es confesar nuestra
decadencia, pero justo es
exponer las causas que la
han producido para tratar de
evitarlas. La procacidad re-
volucionaria trajo consigo
una corriente que no era la
nuestra, contagiando á un
buen número de artistas que
sin percatarse de las conse-
cuencias y con el solo afán
de lograr popularidad, tra-
taron de cultivar una escue-
la que tiene razón de ser en
otros países, pero no en el
nuestro, en donde no pue-
de ser sentida ni interpreta-
da. El grupo, reducido al
principio, fué ensanchando
su esfera de acción á medi-
da que el aplauso cundía y
que la crítica ensalzaba, sin
darse cuenta que el público,
convertido en censor, no
aceptaba las obras que con-
sideraba como exóticas pro-
ducciones. Los iniciadores
lograron, sin embargo, su
propósito, pudiendo alcan-
zar la notoriedad que les
tributaron sus amigos y que
probablemente no hubieran
obtenido hasta poseer ma-
yores méritos y mayor suma
de conocimientos; pero sus
triunfos, á pesar de ser efí-
meros y fugaces, han producido la perturbación y la
completa dislocación del arte catalán.

Atravesamos un período de quietismo: ha cesado
el movimiento colectivo que antes sorprendía y des-

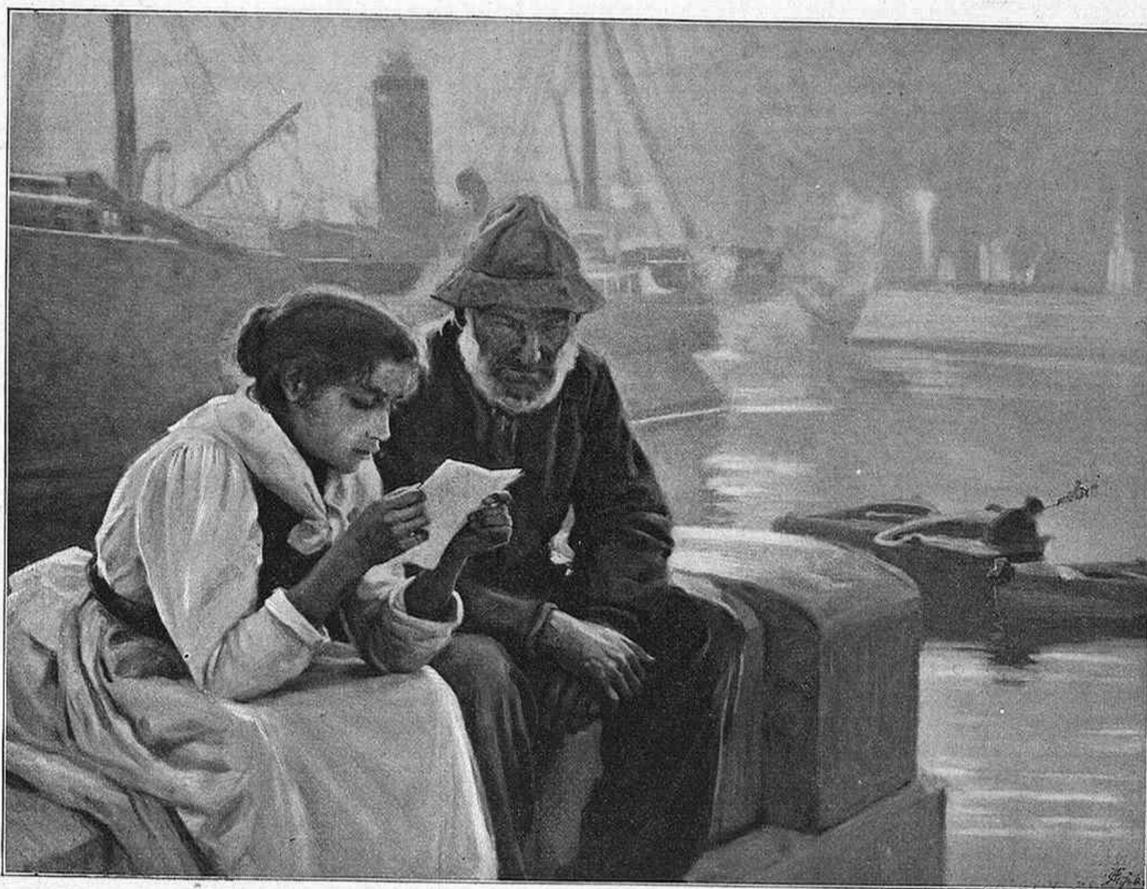
bles méritos. Los utópicos ideales revolucionarios no
pueden hoy implantarse en nuestra patria, y sólo ins-
pirándose en elementos propios y en tradicionales
conceptos puede el arte español recobrar su antiguo
y merecido abolengo.

Una asociación artística de reciente creación, una
reunión de artistas agrupados bajo la égida de un
santo, artista también, el Círculo de San Lucas, dan-
nos muestra, por medio de una manifestación colec-
tiva, de una exposición organizada en su domicilio

mos la exposición como el primer jalón fijado en la
noble empresa de reivindicar las antiguas glorias.

No ha superado esta exposición á las anteriores
asimismo organizadas por el Círculo, ni se han des-
tacado en ella producciones verdaderamente genia-
les; pero en cambio pudo notarse una unidad, pro-
ducto ó resultado de la nueva evolución. La exhibi-
ción ha sido provechosa y en extremo plausible el
esfuerzo de los artistas que en ella han tomado par-
te, puesto que constituyen agrupaciones bien defini-
das y confundidos todos por
la identidad de sus aspira-
ciones.

Puede afirmarse ya que
el movimiento evolutivo se
ha iniciado á completa sa-
tisfacción de cuantos nos
interesamos por el progreso
artístico de nuestro país. La
perturbadora nota de im-
portación transpirenaica
preséntase amoldada á las
tonalidades que determina
la luz en nuestro país, resul-
tando precisa y justa. De
ahí que cautivan por su en-
tonación, por el ambiente y
por el sentimiento delicado
que entrañan los lienzos de
Juan Llimona titulados *La
pubilleta é Interior*, impreg-
nados de poesía, y el her-
moso grupo formado por un
anciano pescador y una gen-
til muchacha titulado *Noti-
cias de la guerra*, obra de
Baixeras, tan maestro en in-
terpretar asuntos y cuadros
de costumbres de la gente
de mar. Análogos observa-
ciones nos merecieron los
hermosos paisajes de Mas y
Fontdevila, José Masriera y
del olotense José Berga, sa-
turados por las montañas
brisas, aromatizadas por sil-
vestres plantas, frescos y jugosos, y el *Torrente de
Guitart*, del Sr. Vives. El vilanovés Sr. Llaverías,
que ya alcanzó merecida recompensa en la Exposi-
ción bienal última de esta ciudad, ha exhibido dos



NOTICIAS DE LA GUERRA, cuadro de Dionisio Baixeras

social, de su laudable empeño de restauración ó de
encauzamiento artístico. Ciertamente es que ni el número
ni la calidad de las obras que se expusieron bastan
para borrar el recuerdo de las equivocaciones y de

vestres plantas, frescos y jugosos, y el *Torrente de
Guitart*, del Sr. Vives. El vilanovés Sr. Llaverías,
que ya alcanzó merecida recompensa en la Exposi-
ción bienal última de esta ciudad, ha exhibido dos



lienzos de sport náutico, uno de ellos muy recomendable, titulado *Saludo al pabellón*, que atestigua su competencia y buen gusto. Distinción revela la bonita figura expuesta por Antonio Utrillo, y laudables esfuerzos el efecto de nieve de Luis Masriera, que

AZUCENICA

Dobló la diligencia un recodo del puerto y quedó éste desplegando á nuestra vista toda la hermosura de sus agrestes y tortuosos laberintos. Estábamos en

cineros, donde está la barriada de los Leñadores, y era hija de uno de los más ricos y afortunados del oficio.

Cuenta la gente que en el bautizo, mientras el cura entre latines é hisopazos cristianaba á la pequeña, su



CAMINO DE OLESA, cuadro de José Masriera



TORRENTE DEL GUITART, cuadro de Pedro Vives

trata de seguir las tradiciones artísticas de su familia. Un buen número de jóvenes pintores han aportado producciones discretamente ejecutadas, entre las que merece especialísima mención el notable retrato de nuestro querido compañero Buenaventura Basegoda, obra de Luis Graner, que aparece, como siempre, ajustadísimo en sus estudios de penumbra.

Escasa ha sido la representación del grupo escultórico; pero aun así, hemos de citar en primer término el notable estudio de José Llimona para el grupo que proyecta ejecutar titulado *El hombre guiando á la fuerza*, modelado con la amplitud y la robustez del gran arte; el bajo relieve en mármol de Clarassó

el corazón del Moncayo, entre Cabrilleja y Hondonilla, dos pueblecitos serraniegos que parecía haber querido aislar la naturaleza oponiendo entre ellos bosques y montañas, ríos y abismos. Todo lo allanó sin embargo, el esfuerzo de los hombres. Fué labor de muchos años, trabajo de muchas generaciones; pero los dos pueblos se buscaron hasta encontrarse, y ahora viven y se comunican diariamente como si fuesen dos hermanos que habitan hogares vecinos.

— Mire usted, me dijo el mayoral al llegar á lo más culminante de la subida, aquél (y señalaba con la fusta) es el puente de las *Golondrinas* y allí empieza lo más peligroso del viaje.

No necesitaba ponderarlo mucho aquel buen hombre, porque á la vista saltaban los riesgos de la caminata.

El puente de las *Golondrinas* saltaba la profunda cortadura de las montañas rivales en elevación y enmarañadas asperezas; y á partir del puente seguía la carretera colgada entre abismos, torciendo bruscamente de un lado á otro como si huyese de las fauces sombrías que por ambos flancos la acosaban.

Una cruz, en cuyos brazos colgaba la hiedra guirnalda y festones, aparecía á la entrada del puente, evocando, aun en los espíritus más cerrados á la fe, la idea consoladora de una divinidad tutelar del viajero en aquellos enriscados parajes...

Bien calzadas las llantas, oprimido el torno y refrenado el tiro, avanzó la diligencia hacia el puente, y al entrar en él saludó el mayoral á una mujer sentada en la gradería de la cruz diciendo jovialmente:

— Buenas tardes, *Azucenica*.

— ¡Vayan con Dios!, exclamó melancólicamente la interpelada; y al levantar la cabeza para corresponder al saludo mostró una faz envejecida por el sufrimiento y unos ojos sin luz como los de una muerta.

— ¿Es ciega?, pregunté al mayoral.

— Sí, señor, me dijo. ¡Pobrecilla!

— ¿Y por qué la llaman *Azucenica*?

— Por costumbre..., porque esa desgraciada era no hace muchos años la moza más jovial

y primorosa de Cabrilleja. Pero desde que murió Andresillo...

— ¿Y quién fué Andresillo?

— Su novio, señor, su novio.

— ¿Y donde murió?

— ¡Otra! Pues ahí mismo, despeñado, á la entrada del puente, donde hemos visto la cruz..., ¡allí, donde está *Azucenica* llorándole siempre!.

Y ahora, lectores, oíd lo que me contó el mayoral de Cabrilleja mientras seguíamos el caminito de Hondonilla.

María, me dijo, nació en la parte alta de Cabrilleja, cerca de los En-

trata de seguir las tradiciones artísticas de su familia. Un buen número de jóvenes pintores han aportado producciones discretamente ejecutadas, entre las que merece especialísima mención el notable retrato de nuestro querido compañero Buenaventura Basegoda, obra de Luis Graner, que aparece, como siempre, ajustadísimo en sus estudios de penumbra.

«¡Virgen mía, si *paice* una *azucenica*!»

Cayó en gracia el dicho, y desde aquel instante



LA PUBILETA, cuadro de Juan Llimona

puede decirse que quedó bautizada la chicuela, pues el nombre poético y cariñoso que la dió entre besos la abuelita hizo olvidar para siempre el de María, inscrito con toda solemnidad en los libros de la iglesia parroquial de Cabrilleja. ¡Y qué bien le cuadraba el mote á la chiquilla! Si una azucena pudiera convertirse en mujer, hubiese sido como María; si María hubiera podido convertirse en flor, hubiera sido una azucena. Los que recordaban su niñez y su juventud



EN LA PLAYA, cuadro de Antonio Utrillo

representando á María Magdalena, y el busto de Tarcisus, modelado por Celestino Devesa.

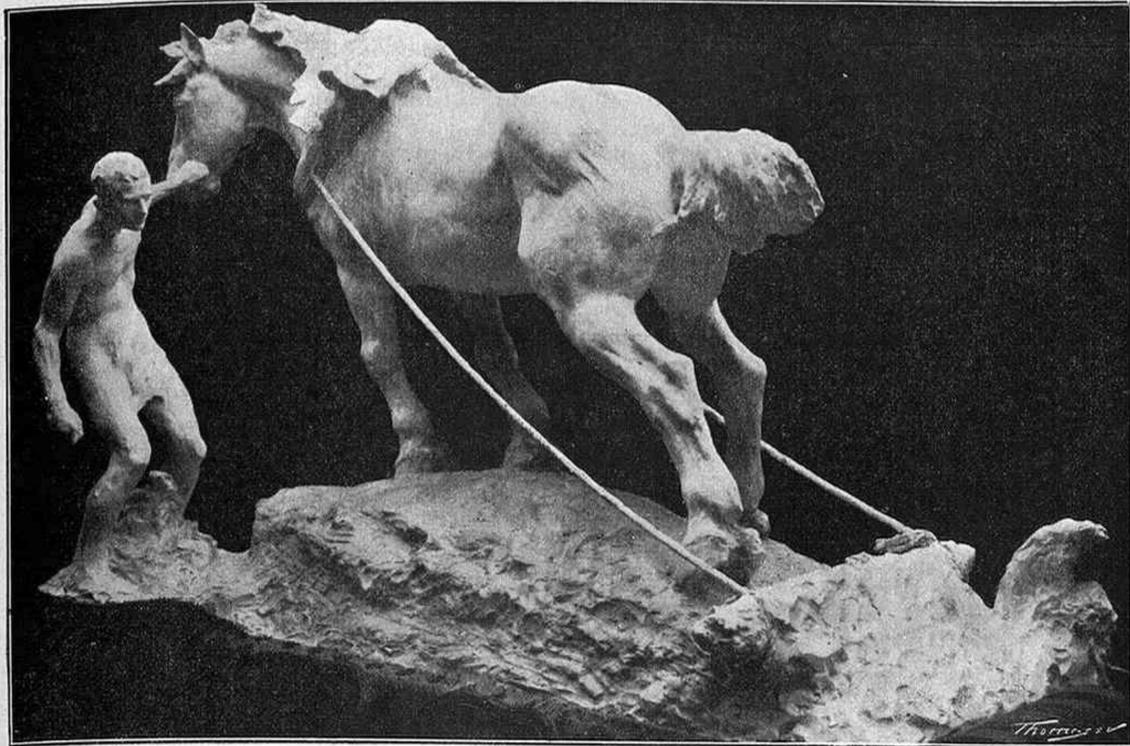
Figuran asimismo dos proyectos para vidrieras, ejecutados por Riquer, de quien son también los elementos decorativos de la señora ó estandarte del Círculo, remedo de los que usaban las agrupaciones gremiales de nuestro país en los tiempos medios, varias obras de lienzo fajado, admirablemente ejecutadas por los Sres. Masriera y Campins, y otras decorativas labradas por el inteligente Sr. Oliva.

Tal ha sido la Exposición organizada por el Círculo artístico de San Lucas, cuya significación no puede desconocerse, ya que ha de considerarse como un paso dado para lograr el encauzamiento de la que antes fué desbordada corriente artística.

A. GARCÍA LLANSÓ



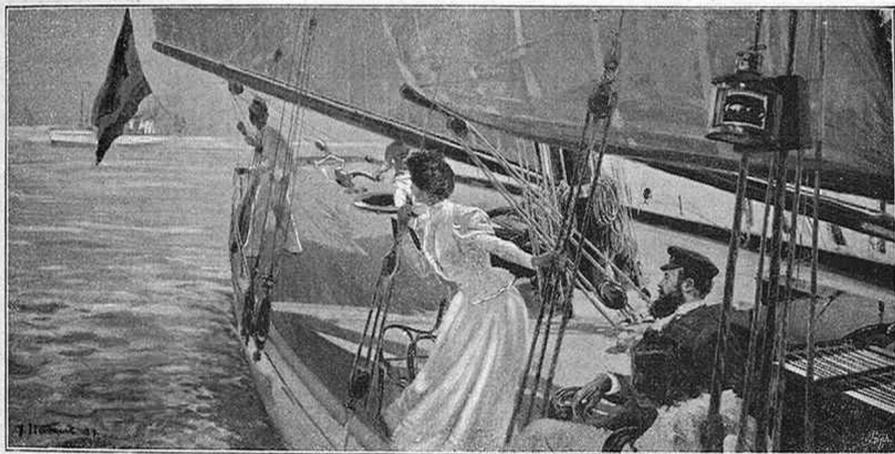
PRIMAVERA, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila



ESTUDIO PARA EL GRUPO «EL HOMBRE GUIANDO LA FUERZA», escultura de José Llimona

decían que había sido blanca y rubia, esbelta y delicada como la flor de su nombre.

Muchacha tan cabal no podía menos de ser codiciada por los mozos cabrillejeros. No hubo, pues, ronda de cantores ni banda de guitarras que pasase de largo por su puerta; ni tampoco faltaron, adornando su ventana, ramos que al amanecer pregonaran secretas ansias de nocturnos amadores. De todos ellos



SALUDO AL PABELLÓN, cuadro de Juan Llavérica

triunfó Andresillo, y la elección fué acertada, pues el elegido no tenía rival en punto á bondad de corazón y gallardía de cuerpo, constancia en el trabajo y habilidad en el lucro. Su oficio era el de postillón, muy remunerado entonces porque era el puerto la única vía de la sierra y el tránsito obligado de los que tenían intereses en cuantos pueblos y ciudades encierra por aquella banda el Moncayo.

Cierta tarde tornaba Andresillo con su diligencia, después de haber estado cinco días ausente de Cabrilleja. El mozo volvía contento y alegraba los caballos con la fusta para que repicasen con estrépito las esquilillas de las colleras.

Apenas echó pie á tierra se dirigió á casa de Azucenica, y tan distraído iba con sus pensamientos el mozo, que no observó que otros á quienes encontró en el camino le miraban con cierta perplejidad y cuchicheaban misteriosamente entre sí.

— ¡Eh, Andresico!, dijo por fin uno de ellos.

— ¿Qué se ofrece?, preguntó el postillón haciendo alto.

— ¿Vas á los Encinares?

— Sí.

— ¿Y no sabes lo que ha pasado allá arriba?

— ¡No!

— ¿Pero no te han dicho nada de Azucenica?

— ¡Otra!..., ¡que no he dicho!

— Pues...

Aquí titubeó el mozo y por fin rompió diciendo:

dela invernada hacía activar los trabajos.

Azucenica se dirigió sola al pueblo, esperando llegar antes de que arreciase la nube. No era muy larga la distancia, pero sí muy quebrado y áspero el camino; así es que la niña avanzaba con trabajo, santiguándose cuando brillaban los relámpagos y atemorizada al verse envuelta entre torbellinos de agua y rachas de aire huracanado. No había recorrido la mitad del camino cuando de las nubes se desprendió vibrante y luminosa una centella que como dardo de fuego hendió los aires, quebró cual frágil caña el retorcido y nudoso tronco de una encina y se precipitó culebreando por un barranco; pero todo muy cerca de Azucenica, casi á dos pasos de ella.

La pobre niña tapó con sus manos los ojos, lanzó un grito de angustia y cayó en tierra privada de sentido... Allá quedó su cuerpo tendido en los breñales, expuesto á los furores de la tempestad, mientras el agua cenagosa que escurrían las laderas acariciaba al pasar los rizos de su destrenzada melena rubia.

Al volver al pueblo la cuadrilla de leñadores recogió á Azucenica. La pobre

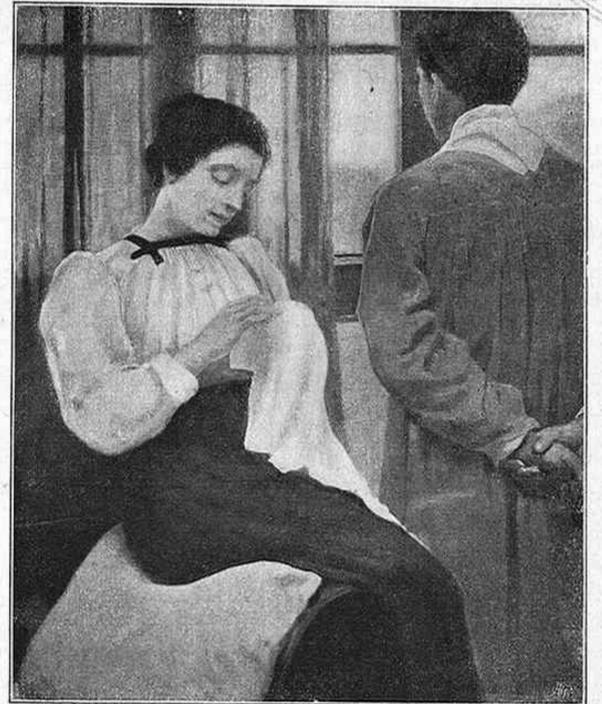
cita estaba completamente ciega: noche eterna parecía haber descendido á sus ojos, antes azules y luminosos como el cielo de mayo... Habían venido á visitarla los mejores médicos de la comarca y todos estaban conformes. El caso no era grave, decían, la fiebre desaparecerá pronto, Azucenica se salvará; pero la ceguera no tenía cura...

— ¡Pobre Azucenica!, exclamó Andresillo cuando se enteró de todo.

Y añadió con la vehemencia del que pone en sus palabras la suprema aspiración de su alma:

— ¡Consérvamela, Virgen mía, que yo seré su lazarillo!

Curó efectivamente Azucenica, y quedó tan hermosa á pesar de su ceguera, que al verla todas las tardes sentadita á la puerta de su casa esperando la visita de Andresillo, inspiraba sentimientos de admiración y comezones de requiebros, por desgraciada los unos, por hermosa los otros, que siempre la desgracia y la hermosa encontraron razones para sentir las y labios para cantarlas. Andresillo la quería más que nunca, y aunque no faltaron en el pueblo mozas de muy buenos ojos que mirasen zalameramente al gallardo postillón, guardó éste la fe jurada á sus antiguos amores y á la promesa de ser el lazarillo de la desventurada ciegucecita.



INTERIOR, cuadro de Juan Llimona



SANTA MARÍA MAGDALENA, relieve de Enrique Clarassó

MUSEO, LITE
MADRID
BIBLIOTE
ATEN

Pero una noche llamaron precipitadamente á la puerta de Andresillo: serían las ocho ó las nueve, y parecía que todo el Moncayo se desplomaba conmovido por tempestad imponente.

— ¿Quién va?, preguntó el postillón entreabriendo el postiguillo de su puerta.

— Soy yo, *Toñico*, el alguacil... El señor juez me dice que te presentes en seguida.

— ¿Y qué sucede?

— El te lo explicará, demonche; pero yo he olicueado que trata de ponerse en camino.

— ¿Se ha descubierto algún crimen en el término?

— Eso debe de ser. Se han recibido noticias de que en la Pinareja una cuadrilla de desalmados asesinó á una viejecita, robó sus ahorros, quemó su casa... En fin, chico, un horror, y allá va el señor juez á poner mano en eso. Se necesitaba un buen postillón que guiasse en esta noche condenada por el puerto y se han acordado de ti.

— ¡Muy bien hecho! Este, después de todo, es mi oficio. Di que voy en seguida. Hasta luego, *Toñico*.

— Hasta luego, Andresillo.

No tardó éste cinco minutos en calzar las espuelas y presentarse al juez, quien en pocas palabras confirmó cuanto el alguacil había dicho sobre la premura y objeto del viaje.

Marchó, pues, la diligencia entre una verdadera turbonada de agua y lodo. Los caballos iban inquietos y asustados como si ventearan el peligro... Así remontaron el puerto.

Tomaron para bajar muchas precauciones: se recorrieron las hebillas de los correajes, se sujetaron las ruedas, se limpió el farolillo de la baca, y comenzó el descenso; pero á mitad de la pendiente un tumbó del coche descalzó las ruedas de las planchas que le servían de patines, el coche rodó velozmente y Andresillo vió que se acercaban mal embocados al puente y derechos precipitados al abismo que aquél salvaba.

El postillón saltó á tierra, se colgó de los ramales, y con la voz y el látigo procuró refrenar la descompuesta cuadrilla. Al fin consiguió encarrilar los caballos á la misma entrada del puente; pero empujado con violencia cayó sobre el pretil y éste sirvió de estribo para ganar el abismo cuyo fondo estaba erizado de rocas agudas como hierros de lanza. Los viajeros, doblegados sobre el borde de la sima, llamaron repetidas veces á Andresillo; pero sus voces no tuvieron respuesta... Todos quedaron aterrados, más que por los fragores de la tempestad por el silencio de aquel precipicio. Fué imposible seguir adelante, y aquella noche, merced al sacrificio de un inocente, los malhechores de la Pinareja quedaron impunes.

Al amanecer fué recogido el cadáver de Andresillo... Estaba deshecho, como si á zarpazos se lo hubieran disputado las fieras.

En el puente se colocó una cruz, y al ser bendecida, la memoria del postillón recibió el piadoso homenaje de toda la comarca. Pero ahora han pasado muchos años: con las sombras del tiempo cayeron sobre la cruz las de la indiferencia y el olvido: la gradería se cubrió de musgo, el musgo de flores y entre las flores y el musgo creció la hiedra hasta escalar la altura...

Aquello parece ahora más que monumento funerario altarcillo campestre erigido para cantar jubilosos villancicos á la Virgen de la Sierra.

Sólo hay un ser que cuida de aquellas flores, que medita ante aquella cruz, que se prosterna ante aquel altar: es *Azucenica*, que envejeció allí llorando su desgracia, y que todos los días busca á tientas el camino del puente para rezar ante la cruz por su infortunado amante...

Esto fué, lectores, todo lo que me contó el mayoral de Cabrilleja mientras seguíamos el caminito de Hondonilla.

PRUDENCIO ROVIRA

LOS DEL VELADOR

Así los conocen otros parroquianos del café y los camareros.

Los del velador constituyen una de las reuniones más numerosas y más habladoras y más ruidosas de cuantas hay á diario en el establecimiento.

Se compone de veteranos.

Pero no del ejército, sino de *sport*; cazadores por convicción y por principios, sin otros fines interesados que el de la higiene y el del noble ejercicio.

Concurren al café hace algunos años, y conside-

Algún de ellos viene cazando, por revelación propia, desde los primeros años de su vida.

Ya le ha preguntado otro de la reunión si cazaba con nodriza, como otros con reclamo y con perro.

Allí se refiere más de una docena de hazañas por día ó por noche.

Particularmente, cuando ingresa en la reunión algún aficionado nuevo; esto es, algún amigo de cualquiera de ellos, pero desconocido de los demás.

— Yo no sé cómo no han derribado ya el velador en fuerza de *bombas* — decía irónicamente un camarero á otro. — ¡Mira que mienten!

— Yo — habla uno de los veteranos vírgenes — no soy ni sombra de lo que fuí: hoy no tengo fuerza, ni vista...

— ¿Y escopeta conserva usted? — le pregunta otro.

— Y perro y familia — responde incomodado.

— ¡Ya, ya!

— He sido el terror de liebres, conejos, perdices y codornices, en mi juventud.

— Lo creo. ¿Ha sido usted aficionadillo á la caza?

— ¿Qué es eso de aficionadillo? He sido un Napoleón de campo.

— Y no lo representa usted — observa el que preguntaba, como si quisiera impacientar al Napoleón.

— Salir del pueblo y tener cien piezas en el morral, era todo uno.

— ¿Piezas de *perro grande*?

— Me extraña esa duda.

— No es duda, don Fulgencio, no es duda:

uno es no creer..., y otro, oír á usted con sumo gusto.

— Cien liebres ó cien pájaros...

— Pues si hubiera sido caza más mayor...

— ¿Cómo «más»?

— ¡Digo! Cien piezas al minuto ya es caza mayor, muy mayor; pero si en lugar de liebres ó de pajarillos hubieran sido tigres y panteras...

— Recuerdo que una mañana, al saltar un arroyo...

— ¿Murmurador?

— Me salieron tres conejos. Siempre he usado escopeta de dos cañones.

— Sí, uno para el canto y otro para el acompañamiento?

— No se puede hablar en serio en este velador.

— Continúe usted, D. Fulgencio.

— Luego ha de escuchar uno á los demás... que no le oyen.

— Sí, sí, adelante.

— Pues me salieron tres conejos, y ¡pum!, ¡pum!, los tres cayeron.

— ¿Con qué tiro mató usted al tercero?

— ¿Y cuál era el tercero? Con una bala maté los tres.

— ¡Con bala!

— Sí, señor: así se ve el que tira y no con mostacilla.

— ¿Y la otra bala adónde fué á dar?

— La otra — apuntó uno de los presentes — mató al guarda y á su mujer.

Sobrevienen, á las veces, discusiones muy agrias entre los veteranos.

Y aún hay parroquiano de buen humor que se aventura disimuladamente á imponer silencio á los del velador.

— ¡Chist! ¡Chiiist!

No hay para qué decir que le menosprecian y continúan.

Y se toleran unos á otros ciertas «exageraciones» para ganarse la recíproca tolerancia.

— Lo que usted refiere de tres conejos me ha ocurrido á mí con tres cochinos, digo, con tres jabalíes.

— ¡Hola, hola!

— Me salieron á un tiempo de un jaral. ¡Qué terceto!

— Ni el de *Roberto el diablo*.

— Eché una mano á uno, otra al otro y...

— ¿Y otra al tercero?

— ¡No, se me escapó!

— Ya.

— Pero dí con él por las huellas de las pisadas dos días después.



MILTON EN CASA DE GALILEO, cuadro de Tito Lessi

ran un velador monstruo, enclavado cerca del mostrador, como si fuera propiedad de la reunión.

¿Quién se atrevería, ni aun en las temporadas en que amenazan ó amenizan las horas de la concurrencia un violín y un piano naturales, á usurpar aquella propiedad?

En las noches de señoritas con mamás de chocolate, ó sea que van al café por el chocolate y la reunión escogida; cuando los niños dominicales ó de familias domingueras recorren el café y juegan y vocean, sin que autoridad alguna paterna ó subalterna les imponga silencio, allí están los del velador, no niños, señores mayores: en su sitio acostumbrado, y protestando contra la infancia alegre é inquieta.

Sin ver que de aquellos chiquitines revoltosos saldrán los futuros veteranos de caza y pesca.

Los veteranos, que entre los aficionados al *sport* tienen igual respetabilidad que en la milicia.

Y no digamos los pescadores viejos de caña, ó de caña vieja.

Entre unos y otros, así como en la milicia, también hay veteranos apócrifos.

Veteranos que nunca han servido ni como espadas en el ejército, ni como escopetas ni como cañas en clase de cazadores ó de pescadores, respectivamente.

Veteranos retirados, sin haber.

Es decir, con *á ver*, porque todos los días se echan á la calle *á ver* si cae algo.

He conocido á uno de esos veteranos, coronel de comedia.

¡Qué acciones relataba! ¡Qué propiedad en la frase! ¡Qué facilidad imitativa! Tan pronto imitaba el fuego de fusilería, como los cañonazos, y el galope de la caballería, y las explosiones de las calderas de los barcos, y los avisos de las sirenas.

Con cuánta verdad relataría los combates á que había asistido, que si se refería á campaña en climas cálidos, aunque hablara en invierno, todos los que le oíamos nos desnudábamos casi, involuntariamente, por no poder sufrir la temperatura ecuatorial.

Y viceversa: si los relatos se referían á países fríos, aun en verano los oyentes nos envolvíamos «unos en otros», si no teníamos á mano ropa de abrigo.

Por fin, supimos que no había estado en aquellos países y que, como decía un camarero del establecimiento:

— Ni había sido veterano ni lo era.

Entre los del velador hay «veteranos cinegéticos.» ¡Ya lo creo!

- ¿Y le reconoció usted en las huellas?
 - ¿Cuánta pólvora dirán ustedes que gastamos el año pasado en una cacería en los alrededores de Cabeza del Buey?
 - ¿Pólvora ó dinamita?
 - Tres toneladas.
 - ¿Quemarian ustedes la provincia?
 - Cobramos dos mil reses mayores.
 - ¿De edad?
 Han de te... tener ustedes en cu... cu... cuenta - advierte un amigo algo «tardo de idioma» - que entre e... e... esos iba el alcalde.
 Se divierten ellos así, contándose sus hazañas.
 EDUARDO DE PALACIO

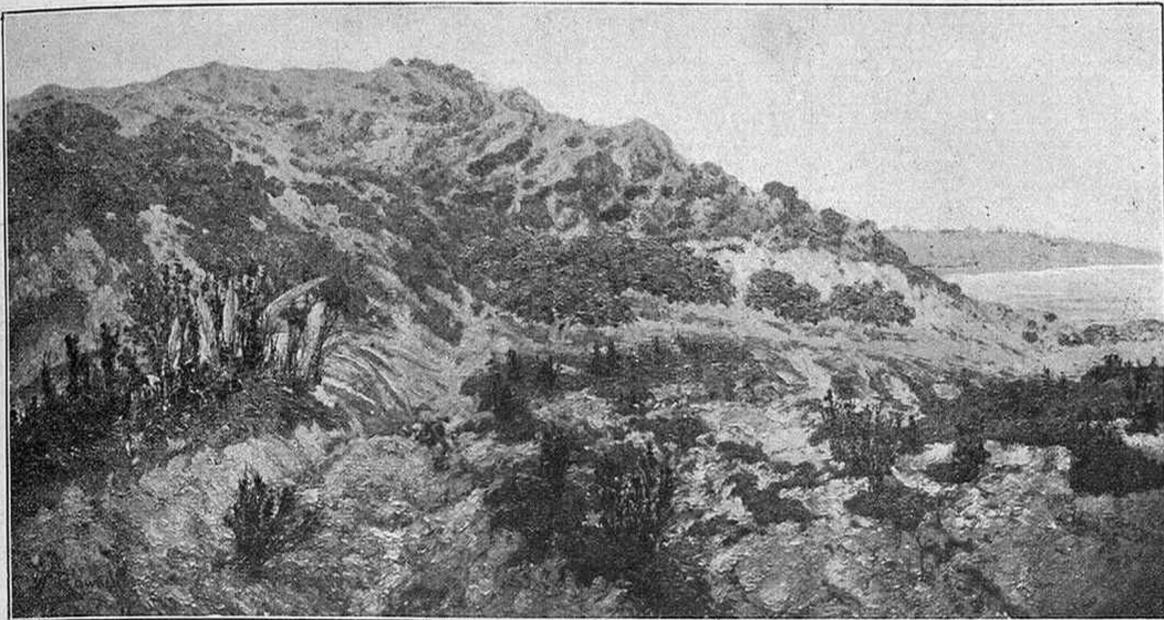
- ¡Ah! Ya comprendo, para ser más ridículo te has vuelto hasta celoso.
 - Tú tienes la culpa. La otra noche en el Real te saludó muy afectuosamente. Desde hoy se han acabado esas reuniones en casa de la marquesa. Se terminaron las visitas, los amigos, las tertulias, todo.
 - Justo, ¿y voy á estar yo aquí encerrada?
 - Estará usted como yo la ordene.
 - Mientras tú te vas á la Opera á distraerte con las bailarinas, ó al casino á tirar el dinero, ó á...
 - Soy hombre y soy tu marido.
 - Usted lo que es, es un hombre incapaz de corresponder al amor de su mujer, un marido que no sabe apreciar el tesoro que tiene en su casa, un ca-

Mira, parece que se serena; ya no llueve tanto..., la nube se aleja, el horizonte se aclara...
 - Ya puedes irte donde quieras..., ya estás contento porque vas á separarte de mi lado.
 - Y tú ya puedes también salir.
 - No salgo.
 - ¡Pues saldrás! Pero saldrás conmigo.
 - Yendo de tu brazo...
 - Te propongo un paseo por el Retiro y luego iremos juntos á casa de la marquesa. He sido un tonto... ¡Celosilla!
 - Tú si que...
 - Pasó la nube.
 (Suena un timbre y aparece un criado.)
 - Patricio, que enganchen inmediatamente la berlina... Y dile á la Juana que hoy no comemos en casa.
 - Pero, Fernando...
 - Comeremos en un gabinetito del Inglés como una parejita de enamorados.

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

Costas de Pineda. - Tierra pantanosa, cuadros de Nicolás Raurich. - Nuestro distinguido colaborador Sr. Balsa de la Vega, que no peca ciertamente de benévolo, juzgó el cuadro *Costas de Pineda* del modo que nuestros lectores pudieron ver en la revista que acerca de la última Exposición Nacional de Bellas Artes publicó en el número 913 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, calificándola de obra merecedora de la medalla de oro. Del propio crítico son las siguientes líneas que tomamos de uno de los artículos que sobre el mismo



COSTAS DE PINEDA, cuadro de Nicolás Raurich (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1899).

NUBE DE VERANO

(DIÁLOGO)

- No sé qué observo en ti. Estás como el tiempo; esta mañana alegre, casi risueño; ahora tristón. ¿Qué tienes, hombre?
 - Nada, mujer.
 - En todo el tiempo que llevamos de casados, en siete meses, nunca te he visto como ahora. ¿Qué te ha ocurrido?
 - Qué sé yo... Esa lluvia intempestiva que choca monótona contra los cristales me ha puesto de mal humor.
 - ¿Tenías pensado salir?
 - Sí.
 - Pues toma el coche ó espera un momento, no será asunto tan urgente. Yo también pienso salir dentro de un rato á casa de María.
 - Será si yo te lo consiento.
 - Si te opones á mi deseo no iré.
 - «No iré, no iré...» Cumplimientos y nada más que cumplimientos. «Tu deseo;» claro, se te ha metido en la cabecita ese capricho, y lo que menos te importa es dejar en casa á tu marido ni que se halle indispuerto.
 - Pero Fernando...
 - Pues no vas, ¿lo oyes? Hoy no sale nadie de casa porque estoy enfermo.
 - ¿Tú enfermo? ¡Ay Dios mío! Bien decía yo que notaba en ti algo extraño... Arroja ese puro, que es capaz de volver loco á cualquiera y de estragar al más fuerte... Yo misma estoy mareada.
 - ¿Ahora salimos con que también te molesta el humo?.. Pues mira, Luisa, antes no te molestaba; de modo que...
 - No, hijo, no; por mí puedes fumar lo que te dé la gana y encender otro cigarro en la colilla de ese.
 - Así lo haré.
 - Eso no es una razón, pero puede ser una grosería.
 - Muy bien: ahora me llamas grosero. Y todo porque querías salir.
 - Todo porque tú no has salido. Dios sabe adónde tendrías que ir...
 - Pues mira cómo llueve.
 - Sí, ya escampa.
 - Y dime, ¿va también á casa de tu amiguita el señor barón?
 - Ahora sí que arrecia. ¡Pícaro nube! ¿Qué decías?
 - Que si el barón...



TIERRA PANTANOSA, cuadro de Nicolás Raurich, premiado con mención honorífica en el Salón de París de 1899

ballero que no comprende lo que le quieren, un hombre, en fin, indigno de mi cariño.
 - Al fin te explicaste.
 - Pues bien: puedes irte donde quieras, yo iré donde me parezca.
 - ¡Luisa!
 - ¡Fernando!
 - Si no mirara que...
 - ¿Qué? No te faltaba más que amenazarme. Pues sí, pues sí, me iré con mi madre.
 - Vaya usted con Dios.
 - Ahora mismo.
 - Mejor, cuanto antes.
 - Si no estuviera lloviendo tanto...
 - Qué te importa. ¿No querías salir? ¡Vete! Anda, atrévete.
 - ¡Qué desgraciada soy! Ingrato, mal marido, ¡infame!
 - Tú si que eres ingrata, desobediente, ¡coqueta!
 - Y todo por ese maldito barón. El día que vuelva á darle la mano ojalá me quede manca...
 - No llores, seca tus lágrimas... ¡Qué mano tan bonita!.. Mírame, así. ¡Qué hermosa eres!
 - ¿Ahora te lo parezco? Vete, vete con las bailarinas y distrae tu mal humor con mujeres más alegres que yo.
 - Pero si tú eres mi única alegría.
 - ¿Hablas de corazón?.. Repítelo, repítelo otra vez.
 - Y ciento, y mil veces... Ya me siento mejor...

asunto escribí para un popular diario madrileño: «Raurich, autor del paisaje citado (*Costas de Pineda*), es un pintor de gran flexibilidad artística. Cuando en la Exposición última presentó el hermoso paisaje *Lagunas de Nemi*, creí ver un temperamento romántico dado á la melancolía, enamorado de las tonalidades grises de los paisajes del Norte, aun cuando enérgico y firme en el toque. No sospechaba yo entonces que pasara en el orden psicológico de un cuasi idealismo á un naturalismo tan..., lo diré, rudo como el que inspira su lienzo actual *Costas de Pineda*. Tal paso, más que paso, salto mortal, me causa verdadero asombro, pues pone de manifiesto condiciones extraordinarias en Raurich, así desde el punto de vista de la paleta como desde el del sentimiento... Aquella montaña de amarillenta arcilla en la cual solamente crecen unas raquíticas higueras bravas y unas pitas medio secas, causa en el ánimo del que la contempla más que emoción, la sensación que pudiera experimentarse frente á frente del natural en un día de sol abrasador, sin que basten á mitigar los efectos de aquella atmósfera y la fatiga que *a priori* nos causaría vernos obligados á recorrer aquel camino que faldea la montaña, las brisas del azul Mediterráneo que por el corte del terreno se ve.» Y después de describir las bellezas de ese trozo de mar que en el cuadro aparece, termina diciendo el Sr. Balsa que el cuadro de Raurich es el mejor paisaje, el más genial y el más hábil que ha visto desde hace mucho tiempo.
 Del otro lienzo, *Tierra pantanosa*, nos ocupamos cuando se celebró la última exposición del Salón Parés, en donde fué uno de los lienzos más admirados por el público y más celebrados por la crítica. El Jurado del Salón de París de este año le concedió una mención honorífica, la cual, dada la parsimonia con que allí se otorgan premios á los artistas extranjeros, constituye una distinción honrosísima para nuestro paisano, á quien de todas veras felicitamos por esta recompensa, así como por la medalla de segunda clase con que fué premiado en la citada Exposición Nacional por una magnífica colección de estudios de paisaje.

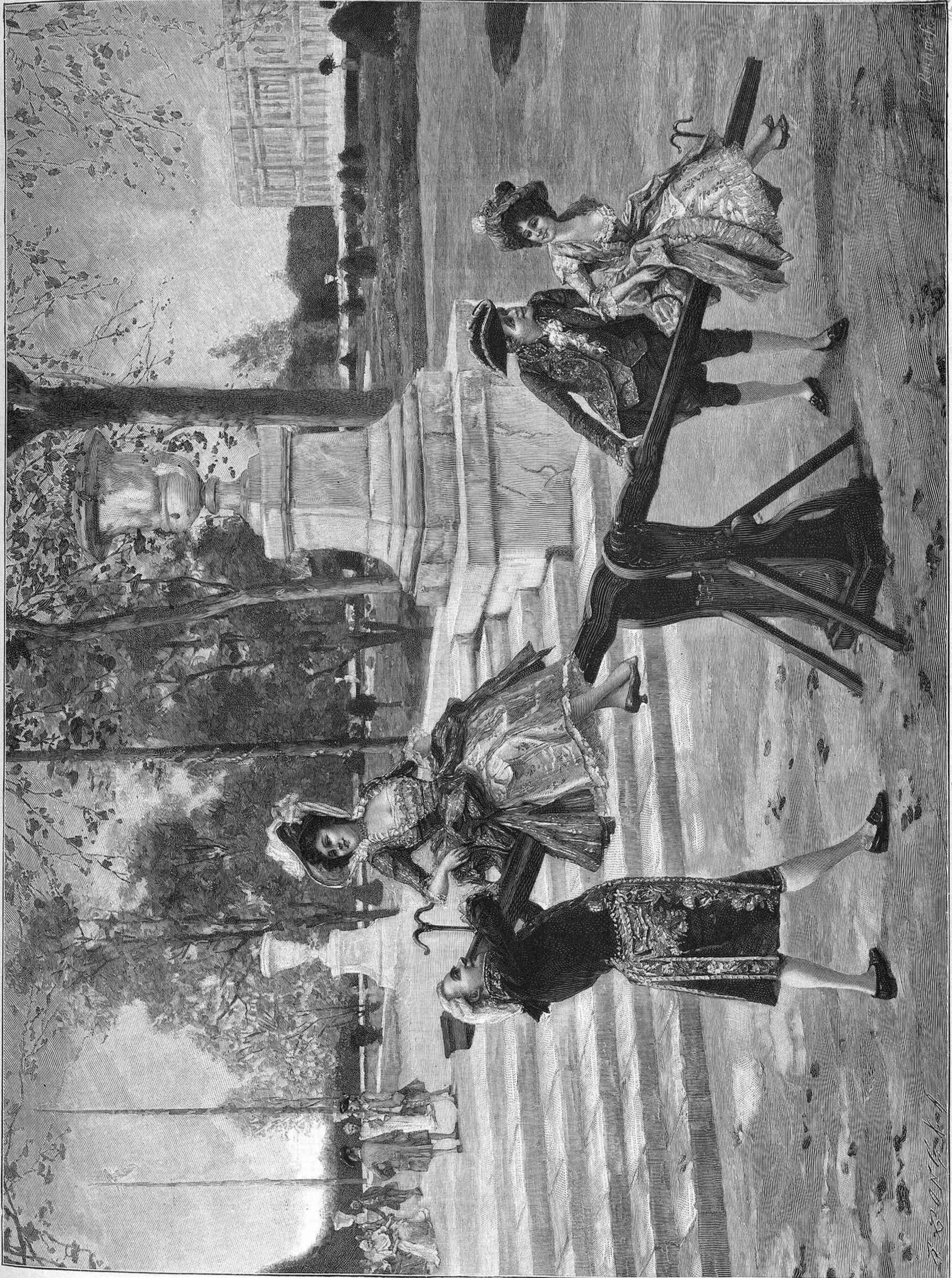


Faenas agrícolas en la campiña de Mantua, cuadro de Aquiles Formis
(Tercera Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia)



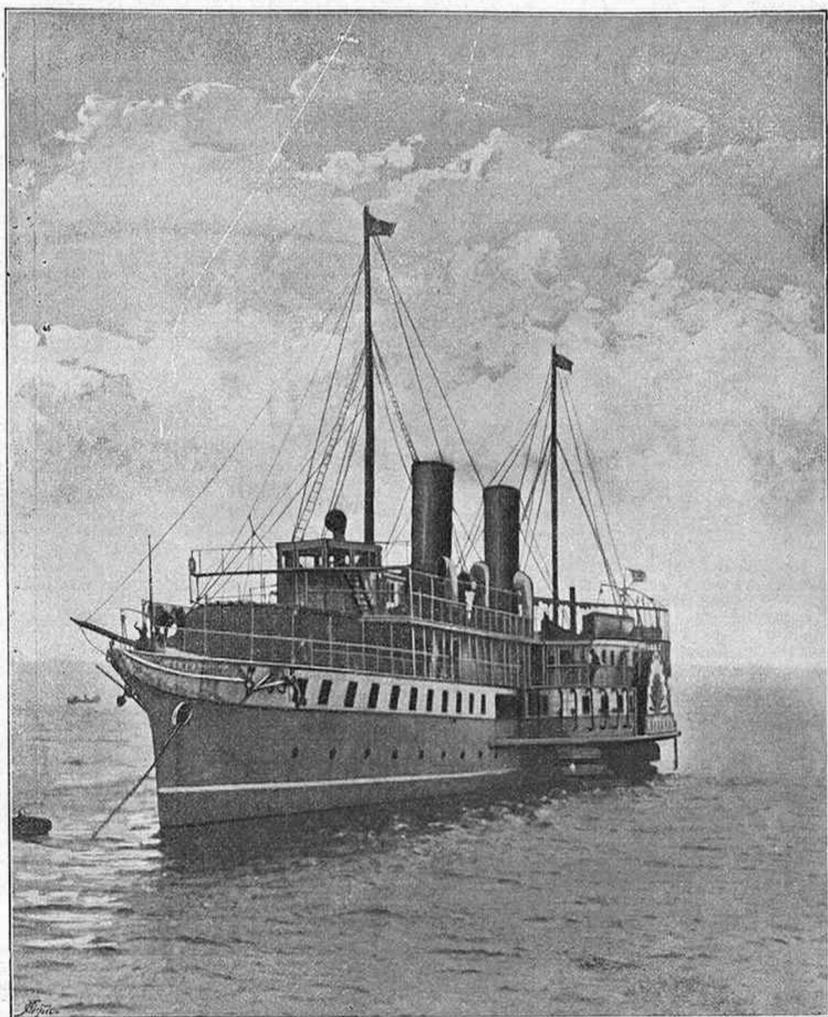
Convalecencia, dibujo de Diego López

ALONSO CIENTIFICO, LITERA
MADRID
BIBLIOTECA



ESCENAS DE ANTAÑO. - EN EL COLUMPIO, cuadro de Alonso Pérez

República Argentina.—Vapor «Venus» de la carrera del Río de la Plata.—El Sr. Montes, presidente de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados», tomó la fotografía de este magnífico vapor en circunstancias poco normales y nada favorables para quien como él no fuese un verdadero maestro en tan hermoso arte. Aunque fondeado el vapor en la rada interior con relativa inmovilidad, reinaba mal tiempo y estaba á punto de descargar fuerte tormenta. La



REPÚBLICA ARGENTINA. — VAPOR «VENUS» DE LA CARRERA DEL RÍO DE LA PLATA, de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados

instantánea ha sido tan rápida que parece ser tomada en momento de absoluta inmovilidad, lo que no fué posible dado el viento reinante y el estado de la atmósfera y menos si se considera que tales buques tienen todo el peso y volumen por sobre la línea de flotación, porque su calado es muy poco.

El *Venus* es un magnífico vapor perteneciente á la flota de los Sres. Nicolás Mianowich y C.^ª, que hace la carrera entre el puerto de Buenos Aires y el de Montevideo. Está decorado con mucho gusto, es muy lujoso, con grandiosos salones, hermoso comedor y grandes y cómodos camarotes. Esta poderosa



DESCANSO DEL MODELO, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés)

compañía ha quedado casi única por la absorción de otras varias que se dedicaban á la navegación del Río de la Plata, Uruguay y Paraná, quedando exclusiva especialmente como á gran navegación. Posee una flota poderosa, entre la que sobresalen vapores como el *Eolo*, *Saturno*, *Golondrina*, *Olimpo*, *Centaur*, *San Martín*, del mismo tipo que el *Venus* y dispuestos con el mismo lujo y las mismas comodidades. — JUSTO SOLSONA.

Milton en casa de Galileo, cuadro de Tito Lessi.—El autor de este cuadro ha tomado por asunto la visita que el gran poeta inglés hizo al inmortal sabio italiano en Arcetri, en la especie de prisión en que la Inquisición hacíale expiar su genio. Tito Lessi ha sabido interpretar admirablemente las figuras de Milton y de Galileo, éste explicando sus maravillosas teorías y aquél escuchando ensimismado sus interesantes explicaciones. Los demás personajes y el lugar de la escena completan el efecto del cuadro, que fué muy celebrado en una de las últimas exposiciones de Munich.

**

Faenas en la campaña de Mantua, cuadro de Aquiles Formis.—Este cuadro del celebrado artista lombardo, que fué objeto de grandes elogios en la última Exposición internacional de Bellas Artes recientemente verificada en Venecia, reúne condiciones de dibujo, de composición, de ambiente y de sentimiento que justifican plenamente tales alabanzas: contemplándolo, parece que se respira el aire puro y embalsamado del campo y que se asiste en realidad á las faenas agrícolas en aquella campaña mantuana, bajo el cielo esplendente del mediodía, sintiéndose verdaderamente la impresión poética que el autor quiso producir.

**

Convalecencia, dibujo de Diego López.—El distinguido artista sevillano Diego López ha trazado con este dibujo una página correctamente ejecutada, en la que predomina una delicada nota de sentimiento que se introduce directamente en el corazón del espectador. Aquella pobre niña convaleciente, en cuya mirada, aun siendo triste y melancólica, brilla un destello de esa alegría que se experimenta al mirar de nuevo los objetos que se creyó no volver á contemplar jamás; aquella madre cuyos ojos se fijan amorosamente en el ser que temió perder para siempre, tienen una poesía inefable realzada por los encantos de aquel hermoso patio andaluz que embellecen las galas de la primavera.

**

Escenas de antaño.—En el columpio, cuadro de Alonso Pérez.—No se trata de una firma desconocida para los lectores de LA ILU-

STRACIÓN ARTÍSTICA, pues en muchas ocasiones hemos publicado reproducciones de obras del notable pintor Alonso Pérez; y como al reproducir sus lienzos hemos hecho notar siempre la factura elegante, el sello de distinción que todos ellos revisten y el conocimiento que demuestran de los usos, costumbres y modo de ser de la época predilecta del artista, estimamos ocioso repetir, á propósito del cuadro *En el columpio*, lo que tantas veces hemos dicho. Debemos, sin embargo, hacer notar que en éste la composición reviste mayor importancia y ha ofrecido al artista más ancho campo para hacer gala de su talento, que se manifiesta en la habilidad con que están dispuestos los grupos, en la corrección y minuciosidad con que aparecen dibujados los personajes colocados en primer término, y en la bien entendida perspectiva del paisaje, lleno de aire y de luz.

**

Descanso del modelo, cuadro de Félix Mestres.—Nueva demostración del talento y de la habilidad de nuestro distinguido paisano es este cuadro de simpático asunto y ejecución primorosa. Félix Mestres se ha conquistado un puesto envidiable entre los buenos artistas catalanes, y lejos de dormir sobre sus laureles, el aplauso que el público y la crítica unánimes tributan á sus obras sírvele de estímulo para realizar cada día nuevos progresos en su brillante carrera artística. En la última Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid ha obtenido una medalla de tercera clase: reciba por tal distinción nuestra más cordial enhorabuena.

**

Boceto de monumento á Garibaldi, obra de Maccagnani.—El monumento que en la última página de este número reproducimos y que ha de erigirse en Buenos Aires á la memoria del popular héroe italiano, compónese de una estatua ecuestre colocada sobre un pedestal en dos de cuyos lados se ven las figuras simbólicas de la Libertad y de la Victoria. Encima de éstas hay dos lápidas con inscripciones alusivas, y en la parte baja del pedestal y debajo de la dedicatoria «A José Garibaldi — Buenos Aires,» hay un ara votiva y al pie de ésta un bajo relieve que representa la famosa batalla de San Antonio del Salto; en el lado opuesto y debajo de otra ara parecida á la anterior se ve otro bajo relieve que recuerda la batalla de Montevideo. La estatua ecuestre representa á Garibaldi deteniendo bruscamente su caballo y volviéndose á un lado para dar una voz de mando; su diestra empuña el sable y sus rodillas oprimen la silla nerviosamente. El monumento en su conjunto es elegante y majestuoso, y las estatuas que en él figuran, sobre todo la del famoso caudillo, están correcta y vigorosamente ejecutadas.

**

Retrato de la Srta. M. J., obra de Antonio Utrillo.—Hubo un tiempo en que lo primero que exigían los pintores retratistas en la persona cuya imagen debían trasladar al lienzo era la *pose*: nada de naturalidad en la expresión, ni en

la actitud, ni en el traje, ni en los adornos, ni en los accesorios decorativos; todo era artificio, y así resultaba que si el retrato tenía parecido con el original, era un parecido puramente físico, por decirlo así, y aun algunas veces desfigurado por los demás elementos que en la obra el artista acumulaba. Hoy los retratistas siguen distinto rumbo; hoy quieren ante todo que el modelo se ponga delante de ellos tal cual es, que su fisonomía exprese su estado de ánimo habitual, que su ademán sea el que instintivamente adopte. ¿Cuál de estos procedimientos es el más acertado? La contestación no es dudosa: el naturalismo de buena ley será siempre la condición no sólo más estimable sino la más necesaria en el arte. Los retratos de ahora, que no llamaremos á la moderna porque los grandes maestros de las antiguas escuelas nos han dejado verdaderas maravillas inspiradas en esas tendencias que hoy se resucitan, nos muestran á la persona retratada tal cual es física y moralmente, son verdaderos documentos psicológicos, al par que obras artísticas. Antonio Utrillo se ha amoldado tan perfectamente á estos principios, que bien puede ser considerado como uno de los mejores retratistas modernos: sus obras reúnen todas las condiciones antes



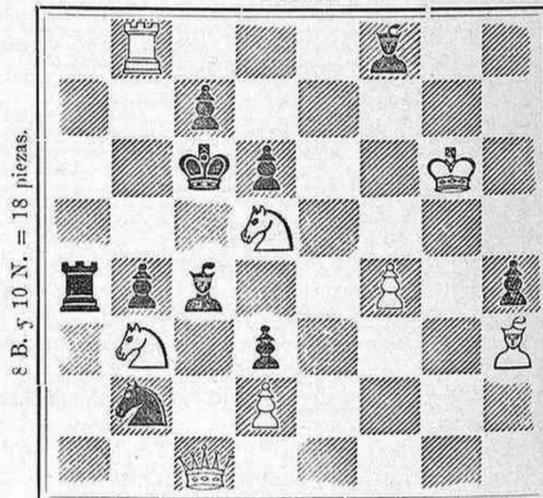
RETRATO DE LA SRITA. M. J., obra de Antonio Utrillo

señaladas, y buena prueba de ello es el precioso retrato suyo que en esta página reproducimos, y que si merece elogios por su admirable parecido con el original, no los merece menos por la elegancia, la distinción y la sobriedad con que está pintado.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 163, POR PEDRO RIERA

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 162, POR V. MARÍN

- | | |
|--------------|----------------------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T3AR | 1. P toma T (*) |
| 2. P4R jaque | 2. P toma P (al paso) ó R toma P |
| 3. D mate | |

(*) Si 1. P6R; 2. T toma PR, y 3. D ó T mate; — 1. A D; 2. D4D jaque, y 3. C mate. La amenaza es 2. C3R jaque, y 3. T mate.

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONCLUSIÓN)

Sorege sonrió. Entreabrió los párpados y dijo con tranquilidad perfecta:

— ¿De qué se me acusa? Porque se me acusa de algo, no puedo dudar, y para justificarme es preciso que conozca las calumnias que se han inventado contra mí.

— Deseo con toda mi alma que sean calumnias, porque me avergonzaría de haber puesto mi mano en la de usted si hubiese hecho lo que se le atribuye...

— Pero, ante todo, ¿quiénes son los que declaran contra mí?

— El Sr. de Tragomer, el Sr. de Marenval, y por fin, el mismo Sr. de Freneuse...

— ¡Freneuse! Era de esperar; necesita echar la culpa á alguien... ¡Tragomer y Marenval! También se explica; el uno es amigo y el otro pariente...

— ¡Pero usted también era su amigo! Y eso es lo que hace incomprendible su conducta. ¿Por qué no tiene usted para Freneuse la adhesión absoluta de Tragomer? ¿Por qué no tiene usted la ciega confianza de Marenval? ¿Por qué, cuando en otra época hablaba á usted de este asunto, me daba respuestas evasivas y ahora hostiles? ¿Hay un secreto entre los dos? Sea usted franco y diga qué les ha separado y qué les separa todavía.

— Su crimen, dijo Sorege fríamente, y su condena. Es, por cierto, bastante. ¿Piensa usted que si yo hubiera perdido hasta ese punto la memoria, el mundo no me hubiera recordado que Jacobo de Freneuse fué arrancado por los gendarmes del banquillo de los acusados y conducido con esposas primero á la cárcel y después á presidio? Mi alejamiento, que usted convierte en un crimen, es el mismo de todo el mundo. Un infeliz que cae tan bajo, es un apestado del que todos se apartan con horror. Esto no es, acaso, sublime, pero sí muy humano. Nadie elige un presidiario por compañero habitual. Cuando la sociedad ha arrojado lejos de ella por una severa condena á un hombre indigno, no es el momento de irle á buscar para hacerle caricias y glorificarle. Yo no soy más que un hombre y no un San Vicente de Paúl. Y por otra parte, ¿obrarán de otro modo Tragomer y Marenval? El desgraciado Jacobo fué un paria para ellos como para todos los que le conocían. El abandono fué completo y la huída general. ¿A qué vienen hoy á acusarme? Tragomer ha necesitado dos años para cambiar de opinión; y eso, ¿sabe usted por qué? Porque ama á la señorita de Freneuse y no ha podido olvidarla, aunque lo ha procurado viajando por el mundo. En cuanto á Marenval, es un *snob*, á quien se hace ir adonde se quiere sin más que prometerle que hablarán de él los periódicos. Esos señores han tenido el deseo de arrebatár á Freneuse de su prisión y táerle á Europa y han ejecutado su plan con una suerte rara. Ya está el condenado en libertad. Pero de eso á probar su inocencia hay la misma distancia que de la Nueva Caledonia á Inglaterra. Y no es acusando á diestro y siniestro á todo el mundo como lograrán probar que un juez de instrucción, doce jurados, tres magistrados y la justicia en masa se han engañado groseramente y enviado un inocente á presidio.

— A no ser que se pruebe, dijo miss Harvey, que las apariencias fueron arregladas tan hábilmente que fué imposible no creer en la culpa de ese desgraciado.

— ¡Oh! Esto lo dicen todos los condenados... Es muy fácil... Pero en cuanto á dar una prueba...

— ¿Y si esta prueba existiese?

Sorege se puso lívido, sus ojos lanzaron un relámpago y exclamó:

— ¿Qué prueba?

— La confesión del crimen por su autor.

— Y ese autor, ¿quién es?

— Una mujer. ¿Tendrá que decir á usted su nombre? ¿Cuál, en este caso? Porque se le conocen tres: el que usted nos dijo al introducirla aquí, Jenny Hawkins, la cantante de *Covent-Garden*; Juana Baud, la fugitiva que usted hizo venir á Inglaterra hace dos años; ó Lea Peralli, la miserable con la cual maquinó usted el complot contra Jacobo de Freneuse. Esto es muy claro, Sr. de Sorege; ahora se trata de responder sin más ambigüedades.

— ¿Y Jenny Hawkins me ha hecho estas acusaciones?

— Y las renovará por escrito. Se ha comprometido á ello formalmente.

De todo lo hablado, la despierta inteligencia de Sorege no retuvo más que ese futuro: las renovará. Luego Jenny no había escrito nada todavía. Entrevió la salvación y tuvo un acceso de hilaridad que sonó de un modo extraño en el silencio del salón.

— ¡Ah! ¿Conque escribirá? ¡Y á mí qué me importa eso! Por dinero se hará escribir á esa individua todo lo que se quiera. ¿Qué le cuesta eso? Se marchará con la música á otra parte llevándose el bolsillo bien repleto, y todo se reduce á cambiar otra vez de nombre. El mundo es grande. Italia y España están á su disposición... Las mujeres de teatro saben disfrazarse y engañan al mundo fácilmente. ¿Qué importa un escrito destinado á satisfacer la envidia ó el rencor de ciertas personas? Esta noche, miss Maud, traeré á usted, si lo desea, un mentís formal de todo lo que se afirma contra mí, firmado por esa muchacha. Y en cambio reclamaré que se me enseñe el escrito en que me acusa.

— Escuche usted. No quiero olvidar que he sido su amiga. Más le vale á usted confesar francamente lo que tiene que reprocharse, que insistir en negar contra toda evidencia. Se pierde usted, se lo juro... Esa mujer no miente cuando se acusa... Ni Tragomer, ni Marenval, ni Freneuse mienten...

Sorege se levantó bruscamente y dijo con acento furioso:

— Si no son ellos, ¿soy yo?

En este instante se abrió la puerta y apareció Julio Harvey rojo de indignación.

— ¡Pardiez! Sí, es usted, puesto que es preciso decirlo. ¿Hase visto obstinación semejante? Mi hija le ha tratado con demasiada consideración... Yo no hubiera tomado tantas precauciones.

Sorege hizo un gesto terrible.

— ¿Cómo llama usted al modo con que se conduce conmigo?, dijo. Esto se llama en todos los países del mundo una emboscada. ¡Estaba usted apostado para escuchar y sorprenderme!.. ¡Vamos! Llame usted á sus acólitos. Ya es tiempo de que nos veamos cara á cara.

El Sorege circunspecto y discreto que ordinariamente se veía había desaparecido. Sus duras facciones estaban impregnadas de una indomable energía, sus ojos, entonces muy abiertos, echaban llamas, y se erguía, terrible, pronto á atacar y á defenderse. Detrás de Harvey habían aparecido Tragomer, Marenval y Jacobo. Sorege les englobó á todos en el mismo insulto:

— ¡Estabais escuchando en las puertas! Aproximados, señores, y oiréis más cómodamente. Doy un mentís formal á los que me acusan. No he sabido más de lo que dije anoche al Sr. de Freneuse, y muy tarde ya para utilizarlo en su favor. En cuanto á su conducta personal con sus antiguos amigos, más vale no hablar de ella, y si no se acuerda de los servicios que le prestó Lea Peralli, es un ingrato...

Tragomer hizo un movimiento tan violento hacia Sorege, que Jacobo le puso la mano en el brazo para detenerle.

— Las cuentas que haya podido tener con Lea Peralli, dijo, serán saldadas entre ella y yo. Las que tengo con el Sr. de Sorege son de tal naturaleza que, por su interés, le invito á no insistir en ellas...

— ¿Qué tengo que temer?, preguntó audazmente el conde.

— ¿Usted? ¡Nada!, dijo Jacobo fríamente. Otro hombre temería la deshonra.

— ¡Me insulta usted!, exclamó Sorege lívido.

— Había dicho á usted que no insistiera, continuó Jacobo con calma. Nada tiene usted que ganar en ello y me asombra su tenacidad. Creí á usted más hábil. Pero en vista de que usted quiere que se digan las palabras decisivas, va á ser complacido. El que se ha portado con un amigo que le abría con toda su confianza su corazón como usted se ha portado conmigo, es el último de los miserables, Sr. de Sorege. He visto en el presidio de que vengo muchos malvados, pero ninguno tan perfecto como usted.

— ¡Eso es lo que usted quiere, un duelo conmigo, que le levante y que le lave!

— Se engaña usted. No busco tal duelo. Le juzgo á usted, pero no me dignaré castigarle.

— ¿Se ha vuelto usted cobarde?, dijo en tono burlesco Sorege. ¡No le faltaba á usted más que eso!

— Me he vuelto paciente, dijo dulcemente Jacobo, y lo pruebo.

— ¡Pues bien, séalo usted por completo!

Dió tres pasos, y levantando el brazo, trató de pegar á su antiguo amigo en la cara. En este instante la fisonomía de Jacobo se transfiguró y se puso espantosa. Cogió el brazo á Sorege, rechazándole con fuerza, y dijo articulando un grito de furor:

— ¿Tendré que matar á este hombre?

Se calmó instantáneamente, soltó al conde y dijo dirigiéndose á miss Harvey:

— Perdone usted, señorita. No quería que fuese usted testigo de una escena de violencia, pero me han obligado.

Sorege se volvió hacia miss Maud y dijo con imperturbable audacia:

— He prometido á usted pruebas, miss Harvey, y suceda lo que quiera, se las daré.

Saludó á Julio Harvey con un movimiento de cabeza, y mirando despreciativamente á Tragomer, á Marenval y á Jacobo, dijo en tono altanero:

— ¡Nos veremos, señores!

— No se lo deseo á usted, dijo Marenval con desdén.

Sin responder, Sorege fué hacia la puerta y salió. Cuando hubo desaparecido, todos los presentes se sintieron como libres de un enorme peso. Miss Maud se acercó á su padre y le dijo con sonrisa un tanto forzada:

— Perdóneme usted por haber resistido á sus consejos queriendo casarme con ese personaje. No le había á usted engañado su golpe de vista y había juzgado con acierto.

— Querida mía, un hombre que no es aficionado á los caballos, ni á los perros, ni á los barcos y que no mira jamás de frente, no puede ser honrado. Eras libre y te dejaba hacer. Pero creo que causarás un gran placer á tus hermanos cuando les digas que has puesto en la puerta á ese caballero.

— ¡Un *snob*!, murmuró Marenval. ¡Me ha llamado *snob*!.. Por mi vida, que me las ha de pagar.

— ¡Silencio!, dijo Tragomer en voz baja. No es hora de recriminar, sino de tener actividad. Con un mozo como Sorege, todo es de temer mientras no le hayamos puesto á buen recaudo. Ya habéis visto cómo se ha defendido. Dejemos á Jacobo y vamos á casa de Vezin.

Los hermanos de Maud acababan de entrar y estaban desarticulando los hombros de los visitantes de su padre á fuerza de hercúleos apretones y tirones de manos. Tragomer y Marenval aprovecharon la confusión para desaparecer. Al pasar oyeron á miss Maud que decía á Jacobo, sentado á su lado:

— Su madre de usted y su hermana no deben vivir esperando el resultado definitivo de esta empresa... Quisiera conocerlas. Usted me presentará á ellas, ¿verdad?

Jacobo respondió:

— Sí.

En la escalera se detuvo Marenval y dijo con aire malicioso:

— ¿Sabe usted lo que pienso, Cristián? Que miss Maud está á punto de enamorarse de nuestro amigo. Esa americanita es novelesca como una alemana...

— Y no le disgustaría hacerse francesa.

Sorege salió de casa de Harvey temblando de furor. Ya en la calle se desahogó jurando terriblemente, hasta el punto de escandalizar á un guardia que hacía tranquilamente su servicio. Al principio anduvo sin objeto ni saber adónde iba. La sangre le hervía y su cabeza parecía querer estallar. Aquel hombre frío había perdido la calma y se encontraba en uno de esos momentos en que no se da importancia á la vida, ni propia ni ajena. Si con una palabra hubiera podido aniquilar el hotel Harvey y todos los que en él estaban, la afrenta que acababa de sufrir hubiera sido terriblemente vengada. Sorege anduvo calles y calles rumiando sus rencores y su cólera. De pronto se detuvo; se encontraba detrás de *Witthe-Hall*, y sumido en profundas meditaciones se puso á pasear delante del palacio.

A pesar de sus precauciones y de sus estratagemas todo se venía abajo por culpa de aquel miserable

Freuse. Las mentiras y las perfidias acumuladas para perderle no habían servido para nada. Arrojado al fondo de un abismo tan profundo que parecía imposible salir de él, Jacobo subía hacia la luz, hacia la libertad, hacia la dicha, y él tenía que asistir impotente á aquel cambio de fortuna. Un deseo claro y terminante de venganza se impuso á su pensamiento; necesitó herir á su enemigo aunque él tuviese que sucumbir al mismo tiempo. En el trance en que se encontraba había que jugar el todo por el todo. Sorege no dudó é hizo de antemano el sacrificio de la vida, con tal de aniquilar á Jacobo.

Entonces decidió volver á casa de Lea. Ella debía decidir de su triunfo ó de su pérdida; ella sola podía proporcionarle medios de defensa. Si Lea quería, si él lograba una vez más dominarla, fuese por la persuasión, fuese por la violencia, todo se podría arreglar. Tomó por el *Strand* y se dirigió hacia *Tavistock-Street*. Eran las cuatro cuando pasó por *Charing-Cross*.

Sorege pensaba: «Lea comerá en su casa antes de ir al teatro, según su costumbre. Si esta mañana no estaba en casa cuando me presenté, la encontraré seguramente ahora. Cueste lo que cueste, por cualquier medio, es preciso que logre hacerme escuchar por ella aunque no sea más que un cuarto de hora. Que yo la vea, que mis ojos se fijen en los suyos y la obligaré á obedecerme. Su voluntad será paralizada por la mía.»

Llegó á la casa, entró y observó con satisfacción que el polizone de por la mañana no estaba en el portal. Subió de prisa y llamó á la puerta. Nadie respondió; el mismo silencio de abandono. Permaneció escuchando un largo rato y no percibió señal alguna de vida en la casa. Sorege tembló al pensar que acaso Lea se había marchado para no encontrarse enfrente de él. Si Jacobo la había hecho mudarse, ¿cómo encontrarla en aquella inmensa población? Y la hora avanzaba, y el peligro se hacía cada vez mayor. Era preciso impedir á toda costa que la traición se consumara. Si Lea había hablado era preciso impedir que escribiese; pero para esto había que verla, y la puerta seguía cerrada, y la casa parecía vacía. Sorege dijo en voz alta:

— Aunque tenga que estar aquí hasta la noche, la he de ver.

Se sentó en un escalón y allí permaneció en la obscuridad, emboscado como un cazador al acecho. Al cabo de un instante dijo otra vez:

— Esta loca tiene miedo de mí, que vengo á salvarla, mientras que los otros la engañan y la pierden.

Ni un aliento, ni un rumor que revelase la presencia de un ser viviente. La cólera se apoderó de Sorege. Se levantó y dijo estremeciéndose de impaciencia:

— Aunque tenga que echar la puerta abajo, yo sabré si esta mujer se oculta de mí.

Retrocedió dos pasos y se arrojó con tal fuerza contra la puerta, que ésta no quedó, evidentemente, en estado de recibir otro golpe. En el mismo instante se abrió la puerta y Lea, muy pálida, apareció en el umbral. Con un ademán indicó la habitación á Sorege y dijo con voz cansada:

— Puesto que no puedo escapar á su persecución, entre usted.

Sorege entró sin replicar, dichoso por haberlo logrado á pesar de su resistencia y augurando bien de aquella primera ventaja. Se sentó en el saloncillo sin que nadie se lo indicara y Lea permaneció en pie, con los brazos cruzados y mirándole con aire preocupado.

— ¿De modo que te has pasado al enemigo?, dijo Sorege en tono sardónico. ¿Qué te han prometido para que te vuelvas contra mí?

Lea no respondió.

— ¡Sin duda te han asegurado la impunidad! ¿Pero cómo es eso posible? Lea Peralli viva supone Juana Baud enterrada. Y si es Lea quien la mató, no fué Jacobo de Freuse. ¿De qué modo, por qué prodigio se establecerá la inocencia del uno y se salvará al mismo tiempo á la otra?

Lea respondió con acento dolorido:

— ¿Y quién permite á usted creer que yo quiero salvarme?

— ¿Entonces buscas tú misma la expiación?

La cantante irguió su frente soberbia y dijo con gran tranquilidad:

— ¿Por qué no?

— ¿Has llegado á tal grado de debilidad que ya no quieres defenderte?

— Estoy cansada de astucias, de engaños, de fugas y de misterios. Todo antes que volver á empezar la vida que arrastro hace dos años.

— ¡Sí! ¡Quéjate todavía! Nunca has estado tan favorecida. Has logrado la celebridad y la riqueza. ¡No parece sino que la sangre es un abono para la dicha! ¿Y vas á despreciar todas estas hermosas condicio-

nes de vida? ¡Vamos! Reflexiona, porque la cosa vale la pena.

— ¡Me canso de ser una mentira viviente!

— ¡Sí! ¡Será mejor que seas la sinceridad muerta! Estás divagando, querida. ¿Sabes lo que te espera si desempeñas el papel que te ha aconsejado la camarilla de Freuse? El presidio, por lo menos, y acaso el patíbulo.

— ¡Estoy pronta!

— ¡Vamos á ver, Lea, no estamos representando el cuarto acto de la *Hebrea*! No se trata ahora de hacer gorgoritos en la cavatina. Aquí todo es real, serio y decisivo. No hay que jugar con la justicia, que no tiene nada de benévola. Con ella no hay laureles artísticos que valgan. Esos hombres togados te condenarán duramente si te dejas coger. Óyeme con buen sentido solamente un cuarto de hora y después eres libre de hacer lo que quieras. ¿Está convenido, verdad? En primer lugar, veamos, ¿qué te ha dicho Jacobo? ¿Qué te ha pedido? ¿Qué le has prometido tú? ¿Os habéis visto ayer después de la maldita velada de Harvey? Hacía mucho tiempo que no os hablabais y no ha debido reinar entre vosotros la mayor cordialidad. ¡Debe guardarte rencor! ¡Y á mí me odia de muerte! Puedes comprender, querida, que nuestros destinos están estrechamente ligados y que permitir que me hieran mis enemigos es herirte tú misma.

Sorege podía hablar á su antojo; Lea no trató de interrumpirle ni una sola vez. Apoyada en la chimenea y con el codo sobre la guarnición, jugaba maquinalmente con una larga aguja de sombrero de cabeza de oro incrustada de zafiros. Pinchaba con distracción el *peluche* de la chimenea y no parecía prestar la menor atención á lo que decía Sorege. Éste no perdió la paciencia, pues sabía que con aquella naturaleza violenta y arrebatada era necesaria la astucia, y continuó sus argumentos.

— El objeto de Jacobo era evidentemente obtener de ti una confesión. Sospechaba lo más gordo del negocio y necesitaba conocerle en detalle, que es lo que da á los hechos toda su fuerza é inspira á las personas una certidumbre. ¿Te ha hecho hablar? ¿Qué le has dicho? ¿Cómo ha logrado convencerte? ¿Qué comedia ha representado? ¿Acaso ha fingido que te ama todavía?

A esta última insinuación, dicha con una voz dulzarrona, la vió estremecerse y comprendió que había dado en el clavo.

— ¿Qué le cuestan las frases de ternura? Conoce tu credulidad. ¡Ha abusado de ella tantas veces! ¡Unas cuantas palabras cariñosas, una promesa de olvido, acaso una esperanza de reconciliación! El proyecto de iros muy lejos á olvidar las horas malas para no acordaros sino de vuestro antiguo amor. ¿No es eso?

Una gran palidez se apoderó de la cara de aquella mujer. Sus ojos se pusieron sombríos y su aliento se hizo corto. Sufría horriblemente. Entonces Sorege, con una risa en la que sonaba la venganza, añadió:

— Sí, sin duda alguna; y tú has caído en la red. ¡Vamos! Ya era tiempo de que yo viniese para hacerle volver á la razón.

Lea levantó la cabeza y dijo con gravedad:

— ¡Es verdad! Ya era tiempo, en efecto.

— ¡Ah! ¿Lo ves?, exclamó Sorege triunfante.

Lea le miró con sublime desprecio.

— Ha comprendido usted mal. Todo este día que he pasado encerrada, sola y reflexionando, ha estado lleno de malas horas. El peligro infunde sospechas y yo sé que corro peligros. El deseo de salvarnos nos hace cobardes, y á pesar de las promesas que se me han hecho, me preguntaba con angustia si no tendría que temer algún engaño. He reflexionado para decidir si cumpliría el compromiso que he adquirido ó si me sustraería á él por la fuga. Cuando usted ha llegado, dudaba. Ahora estoy resuelta.

— ¿Te vas?

— Me quedo.

— ¡Te pierdes!

— Pero salvo á un inocente.

— ¡Estás loca!

— Ya me lo ha dicho usted y ha habido instantes en que he podido creerlo, pero usted mismo acaba de volverme al sentimiento de la verdad y de la justicia. En pocos minutos se ha mostrado usted tan bajo, tan cobarde y tan miserable, que no puedo dudar del buen derecho de aquel contra quien usted se encarniza. Tenía la bochornosa debilidad de dudar entre la salvación de Jacobo y la mía: usted me ha aconsejado. Ya no hay duda posible. Entregarme de nuevo á un monstruo como usted, sería completar mi crimen.

Sorege dió un salto al oír el ultraje, y dijo, ya de pie:

— ¿Así recompensas los servicios que te he presta-

do? ¡Me he comprometido por ti y me entregas á mis enemigos!

— Yo no he sido más que un instrumento de odio en las hábiles manos de usted. Ahora lo veo. El mal que yo he hecho, usted lo ha concebido y premeditado y es más responsable que yo. Usted no se ha comprometido por salvarme, me ha perdido para satisfacer su odio. Yo he sido siempre su víctima, siempre sublevada y ahora implacable...

Sorege dijo en tono burlón:

— ¡Vamos! Ya tenemos, por fin, la verdad. ¿Qué arma vas á dar contra mí á ese héroe de tu última novela?

— Mi confesión escrita y firmada para probar su inocencia y mi crimen.

Sorege se dirigió hacia ella.

— ¿Dónde está ese papel?

— ¡Qué le importa á usted!

— Vas á dármele ahora mismo.

— ¡Jamás!

— ¡Ah, estúpida criatura! ¡Ten cuidado! Me conoces bastante para saber que no dudaré en hacerte pedazos, si es preciso para mi seguridad.

— Puede usted buscar. No encontrará nada.

— ¿Le has enviado ya?

— Esta mañana.

— ¡Mientes! Acabas de decirme que hasta mi llegada habías vacilado...

Lea hizo un movimiento al verse adivinada é instintivamente volvió los ojos hacia un escritorio, cerca de la ventana. Sorege se arrojó á él de un salto y á pesar de los esfuerzos que ella hacía para impedirselo, conteniéndola con una mano y registrando con la otra, se apoderó de una carta en cuyo sobre estaba escrito el nombre de Jacobo.

Sorege se apartó con aire sombrío, miró á Lea profundamente y dijo:

— ¡Aquí está! ¡No creía que fueses capaz de denunciar!

— ¿De qué le sirve á usted coger ese papel?, gritó la cantante encolerizada. Si usted la destruye, puedo escribir otra declaración.

— Por eso voy á tomar mis precauciones en consecuencia. Siéntate á esa mesa.

Y mostró á Lea el escritorio del que había cogido el papel. La cantante no respondió siquiera. Sorege se llegó á ella, la cogió bruscamente por un brazo y la empujó hasta la silla colocada delante del escritorio.

— Ahora, escribe.

— ¿Qué?

— Sencillamente esto: «La pretendida confesión que posee el Sr. de Freuse me ha sido arrancada con amenazas de muerte. Libre y dueña de mí misma, me retracto de ella completamente. Jamás he cometido el crimen de que se me obliga á acusarme.»

Lea le miró con tranquilidad.

— ¿Y después?

— Nada más.

La cantante se levantó y ambos quedaron cara á cara, sin contenerse ya y respirando el odio y la violencia.

— ¡Por el diablo! ¡Si no escribes, estúpida, te aplasto!

Cogió la mano de aquella mujer y la apretó con toda su fuerza. Lea enrojeció de dolor y de cólera y trató de desasirse, pero él la tenía como con una tenaza de acero.

— ¡Me hace usted daño! ¡Déjeme!

— ¡Obedece!

— ¡No!

— ¡Obedece!

Lea lanzó un grito desesperado y se retorció, con las lágrimas en los ojos.

— ¡Oh! Me martiriza usted... ¡Cobarde!

— ¡Obedece, mal bicho, ó te rompo el brazo!

Aquel hombre estaba espantoso de furor y el pensamiento de un asesinato aparecía en sus ojos. Lea cayó de rodillas enloquecida. Cerca de ella la aguja de acero y cabeza de zafiros, verdadero estilete, estaba caída en la alfombra. Lea la cogió con la mano izquierda y se levantó. Sorege le dió un tremendo empujón hacia la mesa.

— ¡Vamos! ¡Despachemos! No tengo tiempo de andar con contemplaciones. No tienes la mano tan estropeada que no puedas escribir... ¡Pronto!

Lea permaneció como atontada, de pie, sin moverse, y él le dió un golpe violento en un hombro.

— ¿Volvemos á empezar?... ¡Ira de Dios! Te voy...

No dijo una palabra más. Dando un grito de rabia, Lea se volvió y le clavó en la garganta la larga aguja. Sorege se quedó de pie, con los ojos fijos y una sonrisa estúpida en los labios. Sus brazos se abrieron y buscaron en el aire un punto de apoyo. Trató de arrancarse el estilete de acero, dió dos pasos vacilantes, sus rodillas flaquearon y cayó dando un sus-

piro aterrador. Al caer, la aguja se le introdujo hasta la cabeza de zafros. Sufrió una convulsión que le hizo volverse de espalda y se quedó inmóvil.

Inclinada sobre él, Lea le vio contraído, terrible, inerte. No había corrido ni una gota de sangre. La aguja tapaba herméticamente la herida y su punta había llegado al corazón. Con pasos cautelosos, como si temiese despertar de su espantoso sueño al que temía más muerto que vivo, se echó un abrigo por la espalda y huyó a la calle. Sin saber lo que hacía, tomó la dirección de su teatro. Eran las seis.

Pasó por delante del conserje, que le dijo:

— Señora Hawkins, viene usted con mucho adelanto. Aquí tiene su llave. La doncella no ha llegado todavía. ¿Va usted a comer en su cuarto?

Lea no respondió y subió la escalera que conducía al primer piso. Siguió un largo pasillo, abrió una puerta y entró en la habitación que le servía de salón de recibo. Se sentó, sin encender luz, y se puso a llorar desesperadamente, lanzando desgarradores sollozos.

Aquella noche miss Harvey llegó a su palco, contra toda costumbre, al tiempo de levantarse el telón. Capuleto estaba presentando su hija a los señores reunidos en su palacio. Julieta sonreía, pero una gran tristeza velaba la gracia de su semblante. Cantó con brillantez febril el vals, y la escena del encuentro con Romeo le valió una entusiasta salva de aplausos.

Lea no saludó, como si permaneciese indiferente al favor del público. Dijo con acento profundo la frase:

Y la tumba será nuestro lecho nupcial.

Bajó el telón y no volvió a levantarse, a pesar de los gritos entusiastas de todo el público. Nunca la Hawkins y Novelli habían cantado mejor, según la impresión unánime de todo el teatro. La representación empezaba de tal modo, que tenía que acabar en un gran triunfo. Harvey y sus dos hijos estaban en el palco, donde reservaban un sitio para Marenval. Tragomer y Jacobo tenían otro palco más oculto a fin de no dejarse ver. Habían comido con la señora de Freneuse y María, y el tiempo se había deslizado tan dichoso en la dulce intimidad de la familia, que estaban dando las once cuando los dos amigos entraron en el teatro.

El cuarto acto llegaba a su fin. En cuanto bajó el telón, Tragomer fué al palco de Harvey y Jacobo se metió entre bastidores. Conforme estaba convenido, quería ver a Lea y recibir de ella la declaración escrita que debía servir para rehabilitarle. Conducido por un celador, llegó al primer piso, y envuelto en una atmósfera enrarecida y perfumada, como un enamorado que va a ver a su bella, según opinaron de aquel elegante joven los que se cruzaron con él en el camino, Jacobo siguió el corredor y se detuvo ante una puerta a la que su conductor llamó discretamente. La doncella abrió y Freneuse vio a la cantante tendida en un diván y rodeada de ramos y canastillas de flores. Pálida, inmóvil, vestida con el blanco traje nupcial, parecía la hija de Capuleto dormida con el sueño remedo de la muerte. Al ver a Jacobo no hizo ni un movimiento; una triste sonrisa se dibujó en sus labios y dijo dulcemente:

— Llega usted tarde, amigo mío. He tenido un gran éxito... Vea usted estas flores... Me aclaman, me envidian... Soy un hermoso ídolo, ¿verdad? ¿Quién no querría estar en mi puesto?

La doncella salió, y apenas se cerró la puerta, Lea se levantó de un salto y con la cara contraída, la voz temblorosa, dijo llevándose a Jacobo al punto más apartado de la pieza:

— Mírame bien... ¿No me encuentras nada nuevo en la mirada? ¿Soy la misma mujer?

— ¿Qué tienes?, preguntó Jacobo asustado por su agitación. ¿Qué ha sucedido?

— Lo que debía suceder fatalmente, respondió Lea con una actitud de extravío. Sorege ha ido a mi casa...

— ¿Y le has recibido?

— No he tenido otro remedio. Ofrecía estarse allí hasta que saliera. No podía escapar. ¡No se evita lo inevitable! Te lo había dicho... Lo sabía... Mi suerte estaba deducida...

— ¿Pero a qué se ha atrevido?, preguntó Jacobo, que empezaba a estar inquieto.

— A todo aquello de que es capaz...

Lea se quitó los brazaletes y dijo enseñando en sus brazos las huellas de los dedos de Sorege:

— Casi me ha roto el brazo para obligarme a desmentir mi declaración... Creo que me hubiera matado.

— ¿Y has obedecido?

La cantante levantó la frente, miró a Jacobo, fijó sus ojos en los de éste, y con una sonrisa que recordaba a la tierna, fiel y enamorada Lea de otros tiempos, contestó:

— ¡No! No he obedecido, Jacobo, no porque se

tratase de mi vida, sino porque quería salvar la tuya...

— ¿Entonces?..

Lea bajó la voz y dijo con aire aterrador:

— Se trataba de él ó de mí, Jacobo; era preciso elegir y he elegido. ¡Ya no hará daño a nadie! La declaración que yo debía darte está en su bolsillo; allí la encontrarán... Yo no me atreví a cogerla... Está caído en el suelo en el salón de la casa de *Tavistock-Street*, con los ojos terriblemente abiertos y la boca todavía amenazadora...

— ¿Le has matado?

— ¡Cállate, desgraciado! No se debe saber eso hasta mañana. Es preciso que yo esté libre hasta el fin del espectáculo. Aún no he terminado mi misión. Me pagan y tengo que cantar. Precisamente esta noche está el público loco conmigo...

Al decir esto, tenía un aire tan extraño, que Jacobo creyó que el cerebro de aquella mujer no había podido resistir las duras pruebas que venía sufriendo y se había vuelto loca. Pensó llamar y no creyó lo que le decía. Pero vio en los ojos de la infeliz un pensamiento de desesperación tan terrible, que tuvo el presentimiento de una desgracia inmediata.

La voz del traspunte se oyó en el pasillo:

— A escena para el último acto... Miss Hawkins, ¿se puede empezar?

— Sí, respondió Lea tranquilamente, ya bajo.

Cogió de un canastillo una orquídea blanca con manchas rojas y dijo presentándosela a Jacobo:

— Guárdala en memoria mía. Esta flor es como mi alma; ensangrentada, y sin embargo, pura...

— Lea, dijo Jacobo asustado, pide un momento de descanso; no estás en posesión de ti misma...

— ¡Sí! Jamás he estado más segura de mí... Es el acto de la muerte, Jacobo; verás qué bien lo canto... Anda, ve a oírme. Lo quiero...

Jacobó trató de detenerla, de calmarla.

La cantante le miró profundamente, le dirigió otra sonrisa y se arrojó en sus brazos en un movimiento apasionado, diciéndole:

— Dame un beso, ¿quieres? Es la última vez que estamos juntos. Permíteme que al partir lleve en la frente el recuerdo de tus labios.

Jacobó se prestó dulcemente a ese capricho y ella entonces le apretó contra su corazón con una fuerza extraordinaria y exclamó:

— ¡Oh! Si me hubieras amado siempre, viviría y sería dichosa...

Hizo un ademán de desolación y prosiguió:

— ¡Ay! ¡Ya no es tiempo! ¡Adiós!

Le echó un último beso con la punta de los dedos y se lanzó fuera. Ya la orquesta ejecutaba el sublime prelude del acto de las tumbas. Jacobo, turbado y lleno de preocupación, entró en la sala y se reunió con Tragomer. El acto había comenzado y Romeo estaba cantando. Jacobo se inclinó al oído de Cristián y murmuró:

— No sé qué va a pasar. Lea ha perdido la cabeza. Acaba de decirme que esta tarde ha ido Sorege a amenazarla, a violentarla, y que ella le ha matado.

— ¡Dios mío!, exclamó Tragomer. Pero ella, entonces, la desgraciada...

— ¡Mírala! Está aterradora...

Con la palidez de la muerte en las mejillas, Julieta se levantó de la tumba y fué a caer en los brazos de su amante. Con voz que parecía velada por el crepúsculo de la noche eterna, la hija de Capuleto esperaba la embriaguez de su dicha al despertarse sobre el corazón del bien amado. Después el veneno hacía su efecto y Romeo palidecía, sucumbiendo. Julieta le retuvo con fuerza, como si se acusase de aquella muerte que él se daba por su amor. En seguida arrancó de la cintura de Romeo el puñal que de ella pendía, y echando a la aguda hoja una mirada de dichoso alivio, pronunció como un grito de libertad esta frase: «¡Ah, bendito puñal, eres mi último recurso!» Y con firme brazo se asestó una puñalada en el mismo sitio en que había herido a Sorege. Siguió de pie, pero la voz se extinguió en sus labios. Un hilo de sangre surgió de la garganta y se deslizó por el traje blanco. Sus ojos se nublaron. Novelli se levantó en este momento y se arrojó sobre su compañera gritando: «¡Socorro! ¡Se ha herido!»

Un espantoso rumor partió de todos los puntos de la sala. Los espectadores, de pie, miraban aterrados. La cantante agitó lentamente la mano como para decir que todo era inútil. Bosquejó una sonrisa, esperando que la recogería Jacobo. Su belleza era tan brillante en aquel momento supremo, que los tres mil espectadores que ocupaban el teatro se callaron como por una fuerza misteriosa, y se oyó el último suspiro que se exhalaba de los labios de la artista. Vaciló como una flor cortada, y cayó muerta en aquella misma escena en que acababa de triunfar su arte.

M. Melville, avisado por teléfono, salió de *Scott-*

land-Yard y se dirigió al domicilio de la cantante. Sorege estaba tendido en la alfombra del salón, lívido y horrible. En el bolsillo de su levita se encontró la declaración de Lea probando la inocencia de Jacobo, que fué enviada a la embajada francesa por la policía de Londres. Vezín marchó a París, a fin de activar la revisión del proceso. Los Harvey en su yate y Marenval, Tragomer y la familia de Freneuse en el *Magic*, se habían dirigido a Cowes.

Los jóvenes pasaron dos meses deliciosos en la intimidad de una existencia activa y libre, navegando por el tranquilo mar ó anclados en las radas del Solet. La belleza de María, realizada por la esperanza, brilló entonces con todo su esplendor. La joven se mostró encantadora y tierna con Cristián, como si quisiera hacerle olvidar los pasados rigores.

Jacobó, sencillo, dulce, un poco grave y tan diferente de sí mismo que era imposible reconocerle, se complacía en hablar con miss Harvey, que le pedía interminablemente el relato de sus aventuras y de sus miserias. El joven confesaba sus errores, sus locuras y sus faltas, y describía los sufrimientos de su vida con una humildad y una emoción, que conmovían profundamente a la americana. Jacobo no demostraba el ardor y la fuerza de la juventud sino para remar y montar a caballo con los hijos de Harvey, y aun éstos tenían que rogárselo vivamente, así ellos como la señora de Freneuse, inquieta por las tendencias místicas de su hijo y deseosa de verle volver a los gustos de la vida normal. Con este mismo fin la madre de Jacobo favorecía la intimidad de Jacobo con miss Maud. Pero pronto quedó sentado que nada modificaría en las horas de felicidad los proyectos madurados en las de angustia.

El mes de agosto expiraba y Julio Harvey anunciaba el propósito de marchar a Portsmouth para hacer provisiones de carbón y de víveres a fin de volver a América. Tenía que arreglar negocios en su país y sus hijos debían volver a los prados para vigilar las ganaderías. Miss Maud se resignó a acompañar a su padre, pero quería llevarse con ella a la señora de Freneuse y a Jacobo.

— El proceso, decía, que consagrará la inocencia de su hijo de usted, no será resuelto hasta dentro de algunos meses. ¿Qué van ustedes a hacer hasta entonces? Si vuelven a Francia no podrán vivir sino muy retirados, y probablemente el Sr. de Freneuse tendrá que constituirse en prisión, pues hasta que se pronuncie la nueva sentencia le considerarán como culpable. Vénganse, pues, con nosotros a Nueva York... Dejaremos a mi padre y a mis hermanos ir a Dakota y nosotros nos instalaremos tranquilamente en Newport. El Sr. de Tragomer nos acompañará, pues a Marenval lo creo muy deseoso de volver a París.

— Véngase usted, Tragomer, decían los *cowboys*; iremos hasta las altas mesetas a tirar a los bisontes. Hay todavía hermosas manadas, y acamparemos en las tiendas con los *Cherokees*... Allí verá usted potros, como no los hay en el mundo, que corren veinticuatro horas sin descansar... Pescaremos el salmón en los *creeks*... Hay rincones donde se cogen piezas que datan del diluvio... ¡Unos monstruos! Venga usted, Tragomer... Cuando tengamos a Jacobo en el suelo americano, le pondremos en forma... Es un buen *sportman*; no hay que dejarle hacerse cura.

Miss Maud se encargó en persona de intentar el esfuerzo supremo. Una noche en que se paseaba con Jacobo por la cubierta del *Magic*, en la rada de Cowes, se detuvo repentinamente y se apoyó en la borda del yate. El mar estaba fosforescente. Por todos lados las luces eléctricas marcaban el sitio de los barcos anclados y un viento tibio y ligero cantaba en las vergas. Innumerables estrellas bordaban el cielo con sus resplandores de oro pálido. La joven estaba mordiscando una rosa y miraba al mar sin decir palabra. Jacobo, a su lado, escuchaba distraídamente una música que se oía a lo lejos en la obscuridad. Miss Maud se levantó y dijo fijando en la cara de Jacobo sus ojos perspicaces:

— Señor de Freneuse, conviene hablar esta noche sinceramente, para que no tengamos después ni penas ni arrepentimientos. Usted tiene proyectos que afligen a su madre y a su hermana. No hablo de sus amigos, entre los que nos contamos, pues la autoridad que pueden tener sobre usted es muy débil, comparada con la de esas dos mujeres que tanto han llorado por usted. Existe además otra afección que puede tener una influencia decisiva en la vida de un hombre. Y es preciso que el que la provoca la conozca.

Se detuvo un poco confusa, así por la gravedad de la confidencia como por la dificultad de completarla. Pero era un espíritu resuelto y continuó atrevidamente:

— Ha hecho usted muchas locuras, pero las ha expiado con muchos sufrimientos. Está usted, pues,

en paz consigo mismo. ¿Por qué insiste usted en dejar el mundo á pesar de la pena que causa á su familia? Debe usted ciertas compensaciones á las que han sufrido por su causa. En fin, si una mujer, comovida por sus desgracias, interesada por su rehabilitación y sinceramente enamorada de usted, se ofreciera á cuidar las heridas secretas de su corazón, á curarlas y á cifrar su dicha en hacer de usted el hombre que debe ser, ¿rechazaría usted esa ternura?

Levantó su frente en la que brillaban la inteligencia y la voluntad, y prosiguió:

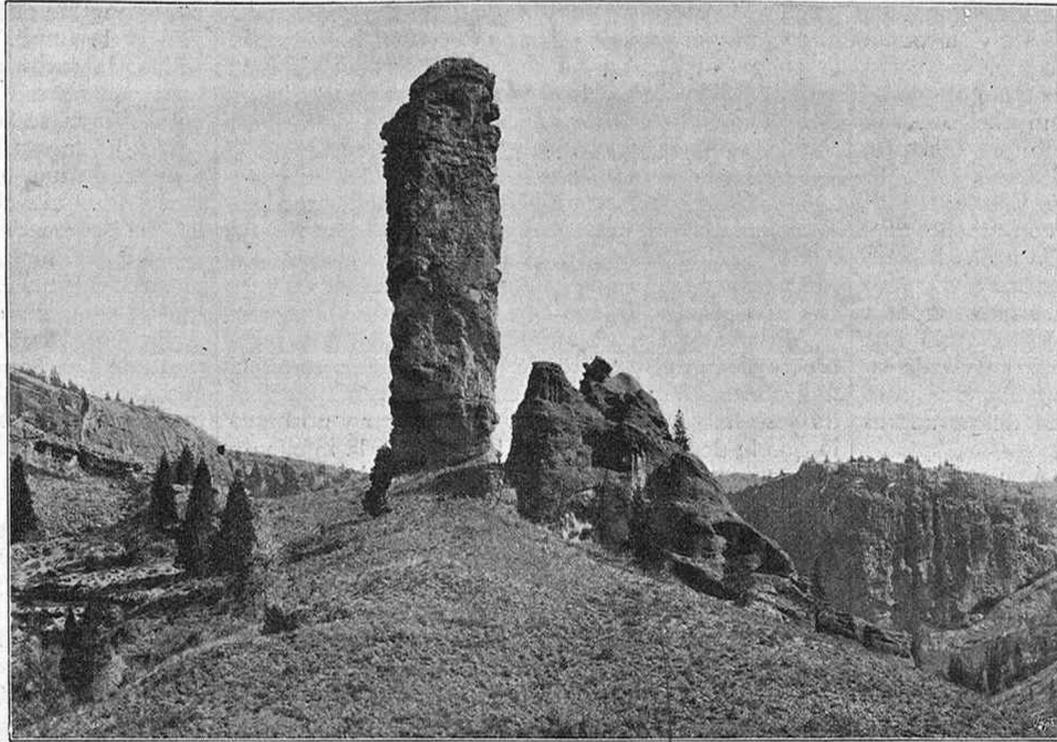
— Yo soy esa mujer que le ama y que le ofrece su mano. Si usted la admite, tendrá en mí una compañera resuelta y adicta. El bien que usted se propone hacer á la humanidad á cambio del mal que de ella ha recibido, lo haremos juntos. Todo lo que pido es que me hable usted francamente para saber si debo esperar ó resignarme. Diga usted sí, y vamos juntos á ver á mi padre y á que yo abrace á su madre de usted con todo mi corazón. Diga usted no, y mañana parto, para que no me vea usted llorar.

Maud ofreció su mano y Jacobo la vió pálida, en la clara noche, y con los ojos brillantes de emoción. El joven se inclinó con respetuoso dolor:

— Aunque mi sinceridad aflija á usted, miss Maud, voy á obedecerla hablando francamente. Estoy conmovido hasta lo más profundo de mí ser por su generosa y caritativa afección. Usted ha sido impulsada, cosa digna de una mujer, por la obra de dulzura y de piedad que desea realizar cerca de un desgraciado. Pero yo me juzgo más severamente que usted y sé cuántas manchas contiene todavía este corazón que usted cree purificado. Mido mejor que nadie la profundidad de mi caída y no creo que un ángel como usted pueda levantarme tan fácilmente. No me siento digno de usted, mis Harvey, y lo confieso con una humildad muy meritoria, llorando de agradecimiento por su bondad.

Cogió su mano y llevándosela á los labios la mojó con sus lágrimas. Después continuó con voz alterada: — En fin, preciso es que se lo confíe á usted como

nada los ensueños acariciados por su pensamiento, pronunció esta sola palabra. — ¡Adiós!



REPÚBLICA ARGENTINA. — REGIÓN DE LOS ANDES. ALTÍSIMO PILAR DE TOBA EN EL VALLE DEL RÍO LIMAY (NEUQUEN). De fotografía hecha en los talleres del Museo de La Plata que dirige el sabio explorador y perito D. Francisco P. Moreno y remitida por D. Justo Solsona.

á todos mis otros amigos; no soy libre de disponer de mí. He hecho un voto. En el momento más grave de mi vida, cuando se estaba decidiendo mi salvación ó mi pérdida, juré dedicarme á Dios si me permitía volver á mi familia y á mi país á probar mi inocencia. Dios me oyó y ya no me pertenezco. Me entrego al que después de haberme castigado justamente tuvo piedad de mí. Perdón, mis Maud. Si una mujer podía realizar la obra que usted había soñado, esa mujer es usted. Solamente Dios habrá sido preferido.

Maud le miró por última vez y comprendió que todo había acabado. Suspiró, y dejando caer en el mar la flor que tenía en los labios, como caían en la

acierto por parte del gobierno argentino, ha sido designado para defender en Londres los intereses de esta nación; si bien se susurra con ciertos visos de fundamento que antes quedará todo terminado directamente entre las dos cancillerías. No sería de extrañar tal solución después de las declaraciones hechas por ambos presidentes en la cordial entrevista tenida en las aguas del estrecho de Magallanes, y la conducta seguida hasta el presente por el general Roca en este difícil asunto. Además, la Comisión mixta internacional está ya celebrando sus conferencias respecto á la Puna de Atacama; cuales conferencias podrían muy bien terminar por ser generales en toda la línea de límites, así por la parte que afecta al ar-

Y desapareció por el puente como una sombra.

El día siguiente el yate de Julio Harvey zarpó en dirección de la costa inglesa.

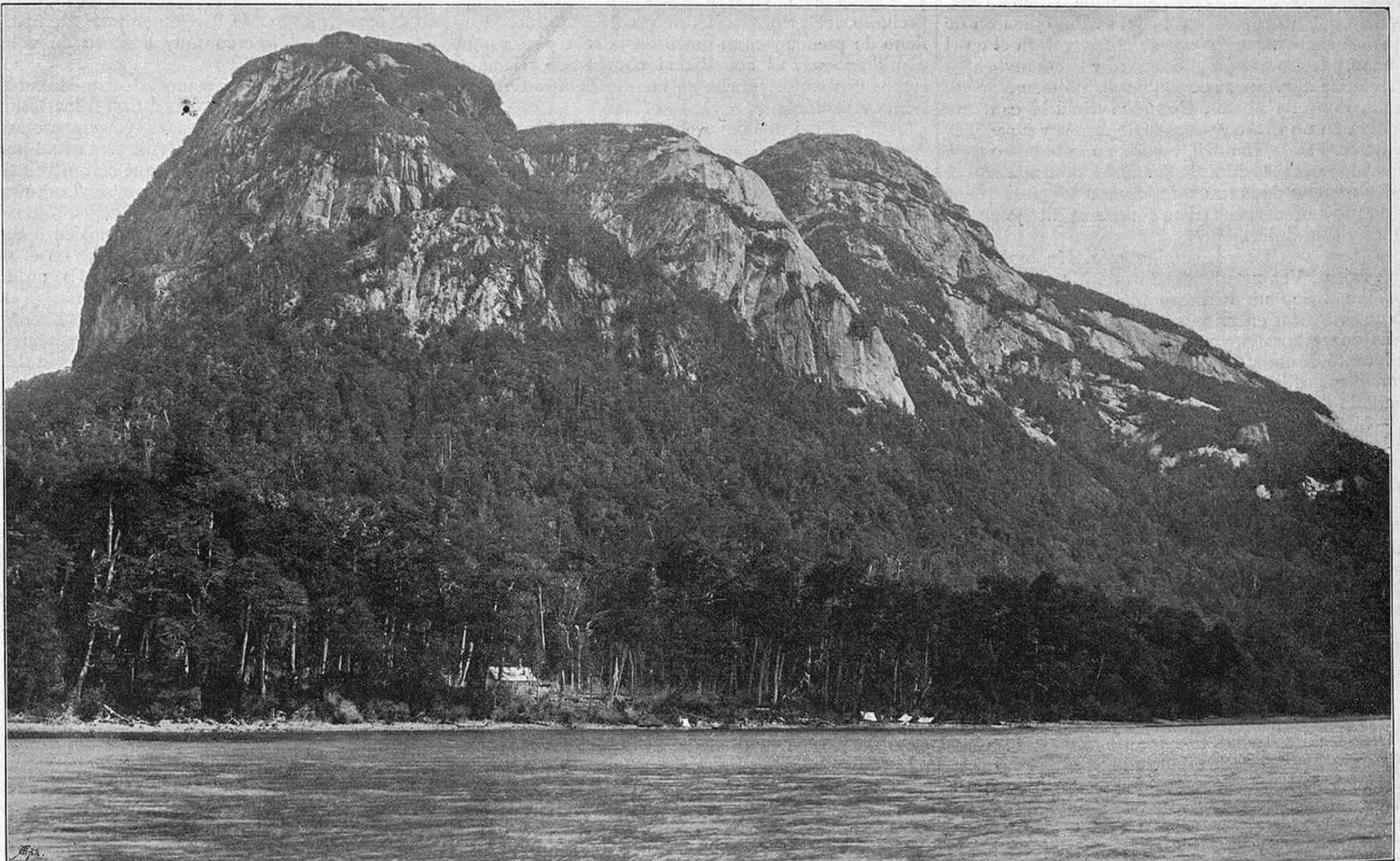
JORGE OHNET

REPÚBLICA ARGENTINA

REGIÓN DE LOS ANDES

Un año atrás parecía ser un problema de difícil solución el de límites entre las dos repúblicas sudamericanas, Chile y Argentina. Hoy, gracias al patriotismo é inteligencia de los gobiernos y á la convicción de los pueblos de que la guerra no es la razón ni la justicia, sino la brutalidad del más fuerte, arreglaron sus diferencias llevando la cuestión al arbitraje. Mientras Chile defendía la teoría del *divortium acuarium*, la República Argentina abogaba por la de las altas cumbres, dejando, al fin, la solución en manos de la anciana reina de Inglaterra, la que ya nombró la comisión de asesores.

El sabio naturalista, geógrafo, explorador y perito D. Francisco P. Moreno, director del «Museo de La Plata,» con el mejor



REPÚBLICA ARGENTINA. — REGIÓN DE LOS ANDES. PUERTO BLEST, SITUADO EN EL EXTREMO OCCIDENTAL DEL LAGO NAHUEL HUAPI (RÍO NEGRO). De fotografía hecha en los talleres del Museo de La Plata que dirige el sabio explorador y perito D. Francisco P. Moreno y remitida por D. Justo Solsona

bitraje como por la de Bolivia, que si arreglados con esa nación, no lo estaban con Chile por creerse la última con derechos posesivos sobre la tal Puna. De todos modos, en breve quedarán zanjadas tales dificultades en definitiva, y continuarán siendo hermanos dos pueblos nacidos á un mismo tiempo á la vida libre de las naciones sudamericanas y cuya grandeza no deben confiar al estruendo de las armas, sino á la santa paz y á la actividad del trabajo.

Las fotografías que publicamos fueron tomadas por el perito D. Francisco P. Moreno en uno de sus primeros viajes de exploración á los Andes en la

parte de las gobernaciones del Neuquen, Río Negro, Chubut y Santa Cruz; regiones que el Sr. Moreno describe admirablemente, con abundancia de detalles, en sus obras y boletines geográficos publicados por el «Museo de La Plata.»

Una de ellas reproduce el Puerto Blest, que está situado en el extremo occidental del lago Nahuel-Huapi á los 41° 0' 9" de latitud Sur y 71° 50' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich.

La otra es reproducción de un pilar de toba que se encuentra en el valle del río Limay. Este río tiene su origen en el extremo oriental del lago Nahuel-

Huapi y pasa luego á ser afluente del río Negro, que desagua en el Atlántico á unas 40 leguas al Sur del puerto de Bahía Blanca. En el valle de dicho río abundan los pilares como el que reproducimos: son de colosal altura y casi cilíndricos, y algunos de ellos tienen mayor circunferencia en su parte media y alta que en su base. Dentro de algún tiempo, la acción de las lluvias y de los vientos derrumbará aquellos colosos de aspecto extraño y fantástico que semejan gigantes petrificados ó torreones, restos de derruidos castillos feudales.

JUSTO SOLSONA

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bⁿ BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue Richelieu, París y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Anrobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
 Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FA^a BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S⁻Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1877 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

REMEDIO de ABISINA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Aivia y Cu^a CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ie}, Pcos. 102, R. Richelieu, Paris

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LA ENSEÑANZA EN EL SIGLO XX, por *Ricardo Becerro de Bengoa*. - Tal es el título de la notabilísima obra, de palpitante oportunidad, que acaba de publicar en Madrid el conocido librero y editor don Edmundo Capdeville, y que ha escrito, con su bien probada competencia en las cuestiones de instrucción y educación, el catedrático, académico de ciencias, consejero y reputado publicista D. Ricardo Becerro de Bengoa. En este libro, redactado con natural sencillez, ingenua sinceridad y digna energía, se examina el problema de la educación total moderna, en el estado en que se presenta en los así extranjeros más adelantados y en España, tanto en lo que se refiere á la primera como á la segunda enseñanza; se trata de las tendencias reformistas que convierten la instrucción en educación, y se ocupa de ésta en sus cuatro fases: intelectual, moral, física y artística. El docto catedrático desarrolla un plan completo de la enseñanza de adultos y el de segunda enseñanza, resultando una verdadera información acerca de las corrientes que hoy dominan en el mundo sabio en la reforma de la enseñanza, y una exposición de radicales propósitos respecto á la manera de plantearla en España. Corresponde á la importancia intelectual de este libro la tipográfica. Comprende 388 páginas en 8.º francés, con cuatro hermosas fototipias sueltas y 44 fotograbados, impreso todo en magnífico papel. El trabajo de tipografía se ha realizado en el establecimiento de la señora Viuda de M. Minuesa, y el de fotografía en la casa de Laurent, demostrando todo el conjunto el especial empeño y exquisito gusto con que ha procurado honrar esta obra de civilizadora propaganda el editor Sr. Capdeville. El precio de la obra es de 5 pesetas.

ENTRE BRUMAS, por *Andrés Clemente Vázquez*. - El distinguido publicista cubano D. Andrés Clemente Vázquez, de algunas de cuyas obras nos hemos ocupado en distintas ocasiones con el elogio que se merecen, ha reunido en este tomo, que es la segunda parte de su libro *En el ocaso*, varios artículos que por la diversidad de sus asuntos justifican el título de enciclopedista que á su autor ha dado un notable crítico americano. Mas no es este el único mérito de la obra del Sr. Vázquez: en ella resplandecen el conocimiento profundo de la literatura y de la filosofía antiguas y modernas, un elevado sentimiento poético, un gran espíritu crítico y sobre todo una elegancia y riqueza de lenguaje que colocan al autor en el número de los buenos estilistas. *Entre brumas* ha sido impreso en la Habana en la imprenta «Avisador Comercial.»



BOCETO DEL MONUMENTO Á GARIBALDI QUE HA DE ERIGIRSE EN BUENOS AIRES, obra del escultor Maccagnani

LOS VENCIDOS, por *D. Martín Lorenzo Coria*. Esta interesante novela, página de actualidad palpitante, publicada en las columnas de un popular periódico de esta ciudad, ha logrado tal aceptación que el autor, obrando con muy buen acuerdo, ha dado á la estampa una segunda edición más lujosa y elegante que la primera. *Los vencidos*, narración de gran interés dramático, es un reflejo de la vida española contemporánea y señala los derroteros únicos posibles para llegar á la suspirada regeneración de un país que todos queremos regenerar. No haremos ningún elogio de este libro desde el punto de vista literario, porque el nombre del Sr. Coria es sobrado conocido en el mundo de las letras y su firma nos releva de tributarle alabanzas. Nos limitaremos, por consiguiente á decir que *Los vencidos*, aparte de su oportunidad en el presente momento histórico, es una obra de lectura tan agradable como útil para quienes lealmente se preocupen del presente y del porvenir de nuestra patria y de lo que importa á la familia y á la sociedad. Forma esta novela un tomo en octavo de 304 páginas, esmeradamente impreso y con una bonita cubierta dibujada por Pellicer y se vende á tres pesetas en las principales librerías, debiendo hacerse los pedidos á la Librería Española (Rambla del Centro, 20).

LA INMORTALIDAD DE LOS HÉROES DE IQUIQUE, por *E. Carlos Soto Herrera*. - Cuadro dramático estrenado con buen éxito en el teatro de Iquique y dedicado á honrar la memoria de Arturo Prat, Riquelme, Serrano, Aldea y demás héroes del combate naval trabado en aguas de Iquique en 21 de mayo de 1879.

EN MARIAN AGUILÓ, por *Ilustre Senyor don Jaume Collet*. - Ha sido impreso el discurso que el inspirado poeta y celebrado escritor Rdo. Sr. Collet, maestro en Gay Saber y canónigo de la catedral de Vich, leyó en la velada necrológica celebrada en el Ateneo Barcelonés el día 6 de junio de 1898. Es un estudio bajo todos conceptos notabilísimo, digno de la personalidad literaria en cuyo honor fué escrito, un análisis completo de las obras de Aguiló, de las ideas y sentimientos que las informan y de las tendencias que representan, constituyendo un hermoso monumento á las letras catalanas en general y en particular del autor del *Romancer popular*.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, publicación quincenal madrileña; *La Unión católica*, semanario religioso que se publica en Valencia (Venezuela); *La energía eléctrica*, revista general de electricidad y sus aplicaciones, publicación decenal ilustrada que dirige en Madrid D. Gumersindo Villegas Ortega (San Gregorio, 41, principal).

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARÍS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILLOVE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.*
102, Rue Richelieu, París, y en todas farmacias del extranjero.

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

ENFERMEDADES
DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS



Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN